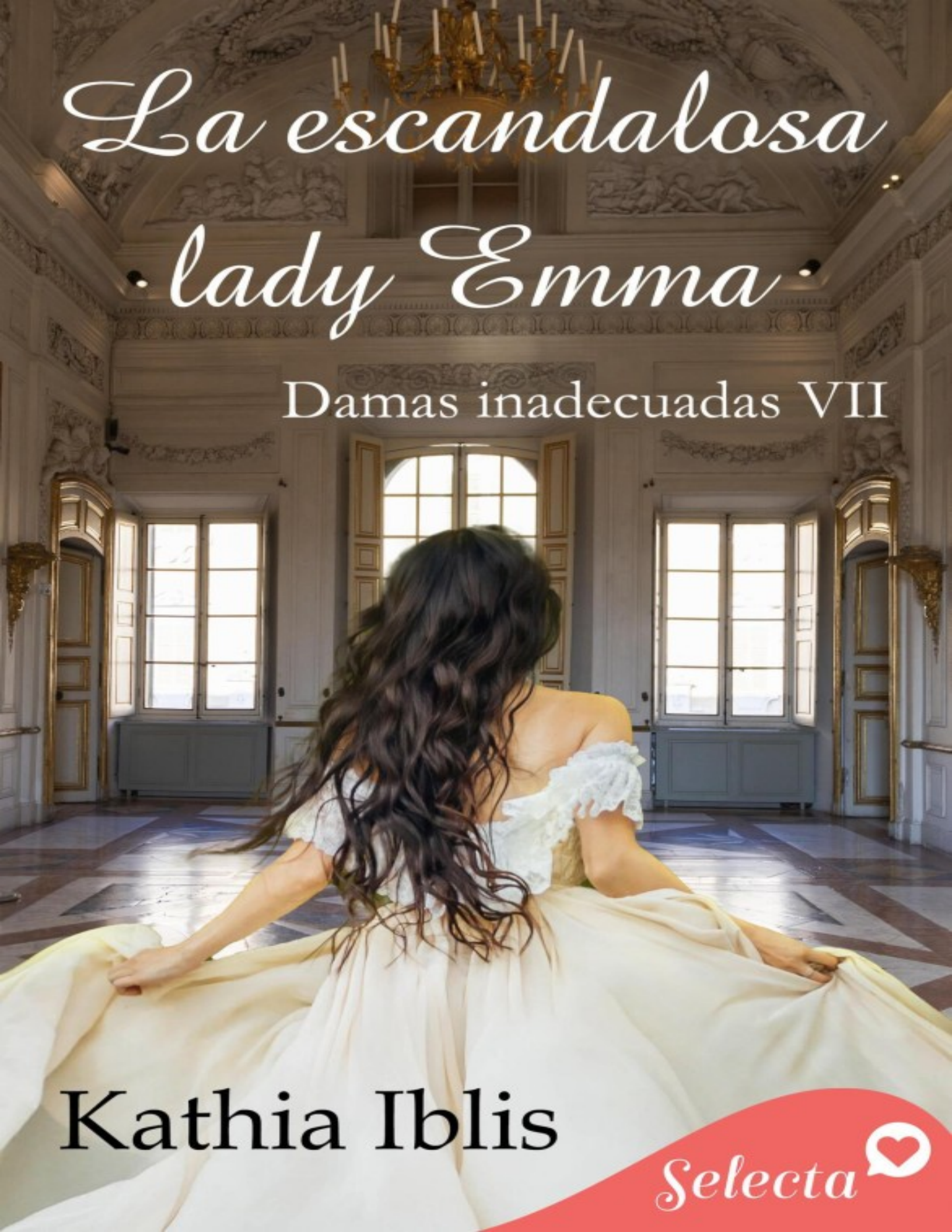

La escandalosa lady Emma
Damas inadecuadas VII
Kathia Iblis
Selecta

La escandalosa lady Emma

SERIE

Damas inadecuadas 7

Kathia Iblis

Selecta

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la lengua española siempre está disponible para consultas.

Para todas nosotras que brillamos en toda nuestra escandalosa personalidad: "Ser dueños de nuestra propia historia y amarnos a nosotros mismos en ese proceso es lo más valiente que jamás haremos"

Brené Brown

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. Incluso, en relación a estas últimas, se había sabido de casos en los que habían logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encontraban las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

¿Eso había sido una rasgadura?

Lady Emma contuvo la respiración mientras un escalofrío le recorría la espalda. El viento nocturno se filtraba por la abertura de su vestido, acariciando su piel con una frialdad que la hizo estremecer. No podía estar pasando. No a ella. Horrorizada, levantó la vista hacia el caballero que la miraba con una expresión depredadora. Retrocedió instintivamente, aferrándose el vestido con desesperación, como si pudiera recomponer lo que él había roto. Esperaba que se disculpara, que mostrara al menos un atisbo de honor y llamara a alguien para asistirla.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, avanzó con determinación y, de un golpe certero, apartó sus manos.

—Va a ser mía, Emma —murmuró con una seguridad escalofriante.

—No… —Su voz era un hilo, tembloroso pero firme.

—Le aseguro que sí. ¿O acaso cree que alguien se atreverá a cuestionarme cuando diga que usted se me insinuó y que, como todo un caballero, me vi comprometido a no permitir que su reputación se arruinara?

Emma sintió que el aire le faltaba. Su pecho se contrajo con angustia y su mente se aceleró buscando una salida. Retrocedió un par de pasos, pero se detuvo al darse cuenta de que no conocía bien la propiedad. No sabía hacia dónde correr ni cómo podría explicar lo sucedido si se cruzaba con alguien.

—Entréguese, Emma —continuó él, con un tono casi meloso—. Será un placer ver la expresión en el rostro de su hermano cuando sepa que pronto será mi cuñado.

La sangre de Emma hervía de impotencia, pero respiró hondo y obligó a su rostro a suavizarse. Sus ojos brillaron con algo que él

interpretó como sumisión. Ladeó un poco la cabeza y, con un susurro apenas audible, dijo:

—Tiene razón, milord. Usted es un excelente partido.

El brillo de la victoria destelló en los ojos del hombre. Una sonrisa engreída curvó sus labios mientras se inclinaba hacia ella, atrapándola con fuerza entre sus brazos. Bajó la cabeza, dispuesto a besarla.

Pero no vio el sutil movimiento de su pie.

Emma elevó su falda con un rápido ademán y, con una precisión letal, le propinó un golpe certero en la ingle. El impacto lo dejó sin aire. Su cuerpo se dobló de dolor y, con un gemido ahogado, cayó de rodillas al suelo.

Ella lo miró con desprecio mientras jadeaba, su pulso retumbando en sus oídos.

—Acérquese de nuevo a mí o vuelva a intentar algo como esto, y le aseguro que lo hallarán degollado en su cama.

El hombre gimoteó de dolor, intentando recuperar el aliento.

—La ley inglesa… —balbuceó entre dientes.

Emma se inclinó lo suficiente para que solo él pudiera oírla y susurró con veneno:

—La ley de mi hermano, sí.

Y, sin darle oportunidad de responder, le propinó una patada en el vientre que lo hizo retorcerse en el suelo.

Sin perder un segundo, giró sobre sus talones y echó a correr. Sus piernas se movieron antes de que su mente terminara de procesar el peligro. Agradeció la oscuridad de la noche, acentuada por la tormenta que amenazaba con desatarse en cualquier momento. El sonido del viento y la lluvia incipiente la envolvieron mientras se escabullía entre las sombras de la propiedad.

Sus manos temblaban cuando se soltó el cabello, dejando que sus ondas cayeran en desorden sobre sus hombros. Al menos así, la rasgadura del vestido no sería tan evidente. Sus pies apenas rozaban el suelo mientras corría, esquivando los árboles con agilidad.

Y entonces la vio.

Las escaleras exteriores que rodeaban la antigua casona principal. Su única oportunidad.

Con el corazón en la garganta, aceleró el paso, sintiendo la adrenalina arder en sus venas. Sus manos se aferraron al barandal cuando subió los escalones de dos en dos. No podía detenerse. No podía fallar.

A lo lejos, los carruajes esperaban. Su escape.

Con el aliento entrecortado y la determinación encendida en la mirada, Emma se perdió entre los árboles, rumbo a su libertad.

Capítulo 1

Enero, 1873

—¡No me voy a casar!

—Si. Lo harás, Emma.

—No puedes obligarme.

—Padre te dejó a mi cargo y es mi responsabilidad que tengas un pretendiente adecuado a tu estatus. Puede que no sea de tu agrado, pero no eres como el resto de las damas, fuiste criada como una princesa —declaró casi con pesar el príncipe Farid Haidar Al-Zaidani.

Amaba a su hermana, pero desde su llega a Londres se había visto envuelta en más de un escándalo y con el misterioso incidente de septiembre pasado cuando alguien atacó a Lord Roxbourgh ya no podía seguir ignorando la conducta de la joven.

—No es justo. ¿Por qué todos pueden casarse por amor excepto yo? —susurró Emma dejándose caer con expresión derrotada sobre el sillón de tres cuerpos. Ella no pretendía nada más que lo que sus hermanos habían logrado hallar. Hasta su propia madre había recuperado al amor de su vida y se hallaban felizmente casados. Solo su medio hermano Andrew se hallaba soltero y estaba demasiado ocupado con los deberes del ducado, pero tarde o temprano esa responsabilidad le implicaría hallar una esposa y que seguro sería alguien de quien se enamoraría, porque un duque podía casarse por amor con el poder que ostentaba. ¿Y eso en donde la dejaba a ella? ¿En un casamiento arreglado? No quería ser una adquisición adecuada para un esposo que tan solo la veía como un arreglo conveniente que le permitiría acceder a tener conexiones con su hermano el príncipe.

—Emma, nadie dice que te cases con el primer lord que te pida un baile. —Evie, la esposa de Farid, se sentó a su lado y le aferró una mano.

—Ninguno me pide un baile. Nunca.

—Y ese es parte del problema. Ninguno se te acerca y sin embargo siempre te las arreglas para estar involucrada en algún escándalo. ¿O es necesario recordar lo del último baile de la temporada?

—¡Él me atacó, Farid!

—Y con gusto lo hubiese asesinado, pero lamentablemente me tengo que regir por las normas de su Real Majestad. —El hombre se acuclilló frente a ella y le dio un beso en la frente para luego acomodarle un mechón de cabello que se había escapado de su peinado detrás de la oreja—. Y ella ahora solicita que antes de que termine el año consigas un matrimonio ventajoso o serás confinada al campo con una anciana hermana de Kenneth.

—Es tu última oportunidad, Emma. Y debes aprovecharla al máximo —le susurró Evie dándole un ligero apretón de manos—. Quizás podamos pedir ayuda. No estás sola.

Emma sabía de quien le estaban hablando y aunque aquellas damas siempre habían sido exitosas y todas las jóvenes a las que habían ayudado habían hallado el amor en sus matrimonios, ella tenía sus serias dudas respecto a poder correr con la misma suerte.

Queda, asintió. No era como si tuviera muchas opciones. Al fin y al cabo, había sido invitada a todos los eventos importantes de la temporada. Eran muchas oportunidades para hallar a alguien con quien pudiese conectar. Si su familia había logrado hallar el amor pese a todas las restricciones y convencionalismos de la rígida sociedad londinense, ella también podía hacerlo. La ayuda de lady Clarisse y lady Desdémona tan solo incrementarían sus posibilidades.

Con eso en mente, se levantó del sillón y aceptó la ayuda de Raafe para colocarse la capa y prepararse para el primer baile al que asistirían. Aunque unas horas más tarde, escondida en la privacidad de sus aposentos comenzó a tener serias dudas respecto a si lograría su objetivo, o por el contrario Su Majestad la enviaría a vivir al campo en donde se convertiría en una anciana solterona como su tía.

Capítulo 2

—Vuelve a casa

—Pero…

—Vuelve a casa, Emma. Cámbiate de ropa y regresas —le indicó Farid con obvio desagrado mientras observaba la rasgadura en el vestido. No comprendía cómo todas esas cosas lograban ocurrirle a su hermana, pero así era. La idea había sido presentar un frente unido en el inicio de la temporada y no lo estaban logrando. Es más, la inesperada retirada de su hermana sin siquiera haber entrado al baile causaría todo tipo de habladurías que Emma no necesitaba si quería conseguir un buen partido. Y eso disgustaría a Su Majestad. No que a él le importase mucho la opinión de la dama, pero era consciente del poder que ostentaba y como el mismo podía destruir a una persona. Por ahora Emma era tan solo una anécdota molesta, pero si incurría en su enojo sería desterrada al campo y ni siquiera se le permitiría codearse con la sociedad de allá.

Farid observó preocupado como el carruaje se marchaba, preguntándose si quizás no debería haberla acompañado, pero las cosas entre ellos estaban tan complicadas que era rara la vez que no terminaban peleando. Suspiró y finalmente le ofreció su brazo a Evie, que consciente de su ánimo alicaído, acercó sus rostros y le dio un suave beso en los labios.

—¿Qué haría sin ti, *habibi*?

—Volverías locas a tus hermanas y a tu pobre madre y nadie se habría casado porque tú habrías impuesto tu estatus.

Farid rio ante sus palabras que en parte eran verdad.

—Ella va a estar bien. No te preocupes, mi amor. Olivia y su esposo también la apoyan. Todo va a salir bien.

Farid asintió distraído mientras volvía a dirigir la mirada hacia donde había desaparecido el carruaje. Su intuición le decía que no

sería tan sencillo como todos creían y que iban a atravesar varias pruebas.

***

Emma suspiró mientras observaba la rotura en el costado de su vestido de noche. Era nuevo. No comprendía en donde se habría enganchado para producir semejante rotura. Porque no era algo pequeño que se pudiera disimular, sino que se había rasgado la tela hasta verse casi su piel.

Afortunadamente había encargado varios, y con ayuda de Gwynn, se cambió en tiempo récord. Pero la idea de tener que entrar sola de nuevo al baile la ponía nerviosa. Sabía que ningún otro disgusto podía llegar a oídos de su Majestad o estaría en serios problemas. Si lograba mantenerse alejada de cualquier escándalo bien podría darse por satisfecha incluso si esta era su segunda temporada.

Se recostó contra el respaldo y cerró los ojos intentando relajarse y obligando al dolor de cabeza a irse. Necesitaba que todo saliera bien. No quería terminar relegada a la vida de una solterona en el campo.

Fue entonces que el carruaje se sacudió y ella gritó aterrada pensando en que iba a volcar. Cuando el movimiento se detuvo, la puerta se abrió y una figura cubierta de pies a cabeza apareció.

Ella no dudó un instante. En cuanto la figura quiso alcanzarla ella sujetó el puñal que tenía siempre escondido entre los pliegues de su vestido y le hizo un largo corte en el brazo. Logrando que gritase de dolor y retrocediera.

Si pensaban que ella se iba a dar por vencida sin pelear estaban muy equivocados. No tenían ni idea de con quién se metían. Pero no se la iban a llevar sin que ella presentase pelea. Aunque primero tenía que salir del carruaje. No era buena idea estar dentro de un lugar tan confinado. Podrían apoderarse del mismo y entonces no tendría salvación. Abandonando su chal y su pequeño bolso de mano se bajó del mismo. Pero se sorprendió al no hallar a nadie afuera esperándola. ¿Acaso habrían sido asaltantes y pensaron que su

hermano viajaba en el carruaje solo?

—¿Horace? —llamó al cochero, pero no obtuvo respuesta alguna.

¿Dónde estaban todos?

Desconcertada, intentó hallar al hombre, pero era como si se hubiera evaporado. Lo cual era imposible. Se movió con lentitud en torno del carruaje, pero no halló a nadie, excepto unas gotas de sangre del hombre al que había herido.

Por unos instantes consideró desenganchar a uno de los caballos, montarlo y regresar al baile para decirle a su hermano lo ocurrido, pero eso generaría todo un escándalo. Indecisa, decidió volver al carruaje, no conocía la zona y a esas horas tardías de la noche era un riesgo estar sola.

Pero no llegó lejos ya que alguien la sujetó por detrás. Intentó zafarse sin éxito, su brazo armado inmovilizado contra su cuerpo, y comenzó a desesperarse, pero fue entonces que escuchó unos gritos y fue liberada con tanta brusquedad que se dio de lleno contra un costado del carruaje y cayó desmayada sobre la tierra.

Capítulo 3

Lord Nicholas Valerius Ravencraft, conde de Kingsley, maldijo por lo bajo mientras se acercaba a la joven inconsciente. Eso no era parte del plan. La idea había sido solo darle un buen susto y que se lanzara en brazos de su salvador. Pero ahora estaba herida y sola en medio de un camino lateral y en una zona que no era muy segura.

Se acuclilló a su lado y enseguida notó la rotura del vestido a la altura de la cintura. Eso tampoco era parte del trato. Jamás debieron tocarla. Sintió como el cuerpo se le tensaba y sus manos se cerraban hasta formar dos puños.

Jamás debió aceptar la apuesta de sus amigos. O al menos, debió tomarla con más seriedad. Pero nunca esperó que llegaran a eso. Enviar a un grupo de sus conocidos de dudosa reputación para que atacaran a la joven era llevar las cosas demasiado lejos.

—¿Señorita? —Le aferró una mano y se la palmeó con suavidad notando lo delicado de su piel dorada, que parecía brillar con una luz propia.

La realidad es que dada su renuencia a asistir a los eventos de alta sociedad excepto cuando su abuelo le insistía mucho, nunca les había prestado demasiada atención a las debutantes.

Las consideraba criaturas sosas y volubles dadas a despliegues de histrionismo tan solo para llamar la atención de posibles candidatos pero que detrás de esa fachada no eran más que seres huecos y poco interesantes.

Pero la joven Emma Wentworth, hija mayor de Duque de Devonshire, se había visto involucrada en un escándalo tras otro desde antes de que fuera presentada en sociedad. Dado lo diferente de su educación eso a Su Majestad le había parecido divertido, pero cuando se volvió una constante se convirtió en un motivo de irritación para la monarca y todos sabían que había ordenado que la

joven lograse una propuesta matrimonial esta temporada o seria lo última para ella. ¿Y qué había respondido la joven? Que tan solo se casaría por amor y no aceptaría menos que eso.

Nicholas negó con la cabeza mientras se acercaba al carruaje a buscar el pequeño bolso de mano de la joven en donde debería tener sales o algo que ayudase a despertarla. Nadie se oponía a su majestad y por lo visto la joven no era consciente de las consecuencias de su desafío.

Cada truhan de la ciudad quería ser quien conquistase a la joven para luego romperle el corazón. Porque ninguno de ellos, incluso él, estaba dispuesto a perder su libertad solo por haberla comprometido.

Luego de rebuscar en el bolso finalmente halló un pequeño frasco, pero no era como los que él conocía. Aunque el aroma era penetrante le resultaba extrañamente cautivador, pero decidió ignorar esto para regresar junto a lady Emma y colocarlo bajo la nariz femenina.

—¿Señorita?

Después de unos instantes la vio comenzar a recuperar la conciencia para finalmente abrir los ojos, e intentar apuñalarlo.

Agradeció tener reflejos rápidos gracias a sus prácticas de esgrima y boxeo, y sujetando con fuerza la mano, logró hacer presión en los nervios de la muñeca para que soltase al afilado objeto.

—En cuanto me sueltes, te mato —declaró acalorada la joven mientras forcejeaba por liberarse de su agarre.

Definitivamente ella no era ninguna sosa florero desabrida. Y esos ojos. Nunca había visto ojos como aquellos. Eran… felinos. Una mezcla entre verde y dorado rodeados de unas largas pestañas oscuras. Eran fascinantes. Un fascinante misterio en un rostro delicado y femenino, con unos sensuales labios en forma de corazón que no podrían haber sido hechos nada más que para el pecado.

La sonora bofetada que recibió lo apartó de sus pensamientos y se apresuró a soltar a la joven que enseguida recogió su puñal y lo sostuvo entre ellos, dejando en claro que sabía usarlo si la situación lo ameritaba. ¿Quién le habría enseñado? Y por sobre todas las cosas, ¿Por qué se habría visto forzada a aprender a protegerse a sí

misma?

—Cuando mi hermano sepa que me atacó se arrepentirá.

—Yo no la ataqué, señorita.

—Soy lady Emma Wentworth, mi hermano es el príncipe Farid Haidar Al-Zaidani.

—He oído sobre él y tiene usted toda la razón, milady. El gustosamente me asesinaría, pero… yo no le hice nada. ¿O acaso ve alguna herida en mi persona que justifique la sangre que hay en su puñal?

Notó como la joven lo observaba con desconfianza y entrecerraba los ojos mientras lo recorría de pies a cabeza no hallando la evidencia que buscaba. Fue entonces que bajó el puñal.

—No comprendo. Estamos solos.

—La hallé desmayada sobre la tierra, milady.

—Él. Ellos. No sé. Me atacaron.

—Si me permite asistirla, la puedo escoltar hasta su hogar.

—No. Debo advertirle a mi hermano. Me parece que lo buscaban a él —le respondió resuelta mientras observaba el carruaje con resolución.

—Milady, no puede presentarse así en público —intentó ser diplomático al respecto porque, aunque era la oportunidad perfecta para ganar la apuesta dado que el aspecto de la joven era de alguien que parecía haberse dejado llevar por la pasión y hubiese tenido un buen revolcón con su amante, él lo sentía incorrecto. Y esa era una sensación que tampoco le gustaba.

Consideró retractarse de su ofrecimiento, pero tampoco estaba en él abandonar a una dama en una situación precaria. Maldijo por lo bajo mientras la ayudaba a subir al carruaje. Tendría que conducir él mismo. Y pensó en cuántas veces consideró absurdo cuando su abuelo le hizo aprender los oficios de los sirvientes como castigo un verano en que se reveló y casi logró que lo expulsaran del internado.

Mientras guiaba el carruaje hacia donde sabía se hallaba el hogar del príncipe, decidió que iba a tener que hallar otra manera de ganar la apuesta.

Capítulo 4

Unos días más tarde…

Las lámparas de cristal resplandecían como estrellas caídas en el gran salón de Lady Clarisse. El murmullo de conversaciones, el tintinear de copas y el aroma envolvente del té especiado formaban una sinfonía delicada que hablaba de prestigio, tradición y secretos apenas disimulados.

Lady Clarisse observaba a los invitados con la agudeza de una estratega veterana. Sentada junto a ella, Lady Desdémona agitaba lentamente su abanico de encaje, más por estilo que por calor. Ninguna de las dos hablaba, pero ambas sabían perfectamente en qué -y en quién- estaban pensando.

—Está en el aire —dijo Clarisse, al fin—. ¿Lo sientes?

—Desde la primera mirada —replicó Desdemona—. Él no ha apartado los ojos de ella en toda la velada.

—Y ella tampoco, aunque se esforzó por parecer indiferente… no lo ha logrado.

No era necesario mencionar nombres. Hablaban de Lady Emma y de Lord Nicholas Ashford. De la forma en que sus miradas se habían cruzado en la última cena organizada por los Al-Zaidani. De la conversación que compartieron, de los silencios densos, y de ese algo invisible —y al mismo tiempo escandalosamente evidente— que había nacido entre ellos.

—No es lo que yo llamaría… un buen partido —murmuró Desdémona—. Su reputación no es precisamente ejemplar.

—Lord Pecado, le dicen —recordó Clarisse con un dejo de ironía—. No sin motivo.

Ambas damas habían conocido a sus padres. Recordaban a la joven pareja, tan enamorada, trágicamente arrebatada por el destino. Nicholas había sido criado por su abuelo, un hombre

inflexible, más interesado en la apariencia que en el alma del niño que se convirtió, con el tiempo, en un libertino fascinante.

—Pero hay algo en él —dijo Clarisse, meditando—. Una sombra de decencia. O al menos, de dolor.

—Puede que ambas cosas —concedió Desdémona—. Pero no es eso lo que me preocupa. Es Emma.

—Es joven. Impulsiva. Tiene fuego en la sangre. Es... demasiado viva para caer en las redes de un hombre que no esté dispuesto a arder con ella.

—Y Nicholas… —Desdémona alzó una ceja—. ¿Está dispuesto?

Clarisse no respondió. Su mirada se posó un instante sobre el retrato colgado en la galería: una mujer de mirada severa, su antepasada, una de las grandes manipuladoras sociales de su tiempo. Ella habría sabido qué hacer.

Y Clarisse también lo sabía.

—Debemos actuar antes de que esto se nos escape de las manos.

—¿Y qué propones?

—Invitarlo a tomar el té.

Desdémona soltó una carcajada elegante.

—¿Té?

—Sí. En nuestras manos, querida, el té es un arma diplomática. Nadie entra en esta casa sin salir desnudo del alma.

—¿Y si se niega?

—Entonces sabremos lo que necesitamos saber.

Las dos damas se miraron. No con ternura, sino con esa complicidad feroz que solo las mujeres sabias y peligrosas comparten.

—Muy bien —asintió Desdémona—. Hagámosle una invitación que no pueda rechazar.

Clarisse levantó su taza de porcelana fina y brindó en el aire.

—Por el amor. O, al menos, por el intento de evitar una catástrofe.

Las copas tintinearon con un eco suave. Y muy pronto, Lord Nicholas Ravencroft recibiría una carta firmada por dos damas que, con la excusa del té, estaban a punto de desatar el primer movimiento de una partida mucho más importante.

Capítulo 5

Emma observó a todos los presentes. Jamás imaginó que un baile de máscaras fuese a ser tan popular, pero por lo visto se había equivocado. Los disfraces eran ingeniosos y ostentosos. Era obvio que todos estaban ahí para ser vistos y admirados.

Ella hubiese deseado venir vestida como odalisca, pero sabía que eso sería tentar demasiado su suerte así que optó por vestir con una elegante túnica verde con un velo que cubría a medias su rostro. Se lo había prestado su cuñada Evie luego de confesarle que fue lo que vistió cuando conoció a su hermano Farid e hicieron esa primera promesa de amor eterno. Ella creía que le traería buena suerte. Emma deseaba de todo corazón que así fuera.

Así que ahí estaba, como de costumbre, adornando un rincón del atestado salón viendo desfilar todo tipo de elegantes personajes que reconocía por las historias que su nana inglesa le había relatado de niña. Había una dama que se había vestido de la Reina Roja aprovechando su flamígera cabellera y a quien le sobraban pretendientes. Había un grupo de caballeros que se habían vestido como médicos de la Peste Negra y escuchó rumores sobre otros que se suponían eran los cuatro Jinetes del Apocalipsis. Incluso, se suponía que los Pecados Capitales se hallaban presentes. Definitivamente la alta sociedad inglesa había sacado a relucir su lado ingenioso.

Emma suspiró sin disimulo mientras se resignaba a otra aburrida noche viendo a todos los presentes bailar mientras ella esperaba a un pretendiente que no existía. Porque la realidad era que sin importar qué tanto peso tuviera el título de su padre, no le perdonaban que se hubiese casado con una extranjera y hubiese tenido hijas mestizas. Por lo que ella bien podía comportarse como la perfecta flor inglesa- no que fuera el caso- y aun así habrían

hallado una razón para despreciarla.

Estaba por beber un sorbo de la copa que su hermano le había alcanzado cuando alguien se la arrebató y antes de que pudiera objetar al respecto se halló siendo guiada a lo largo de la pared del salón por un caballero elegantemente vestido de negro con detalles en violeta y plateados y una corona negra en su cabeza.

A pesar de que no se le hacía familiar suponía que había sido enviado por alguien, probablemente su hermano, para que la invitase a bailar. Pero cuando este pasó de largo de la pista de baile y continúo guiándola hasta que se hallaron en el interior de la biblioteca, se inquietó.

—Milady, le solicito que espere aquí. Alguien desea hablar con usted.

Intrigada, asintió y respondió a su reverencia para luego verlo desaparecer detrás de las puertas dobles de la estancia.

Observó a su alrededor y notó que a pesar de tener una impresionante cantidad de libros no era un lugar que tuviese mucho uso. Se podía observar cierto polvillo en las estanterías y en los libros en sí. Emma consideró que eso era una verdadera lástima. De niña, los libros habían sido la forma de conocer el mundo de su padre y por eso les tenía tanto afecto.

Con lentitud fue recorriendo las estanterías hasta que sus ojos se detuvieron sobre una edición nueva de *Alicia en el País de las Maravillas*. Le había sorprendido la imaginación del autor y sospechaba que contenía mucho de simbología que no tenía nada que ver con un mero relato infantil.

Lo tomó en sus manos y comenzó a hojearlo. Tan concentrada estaba en la historia que no oyó la puerta abrirse, ni supo que ya no se hallaba sola.

—Válgame mis orejas y bigotes, ¡qué tarde se me está haciendo! —susurró una voz masculina junto a su oído mientras una mano se deslizaba por su cintura.

Emma reconoció la frase, así como a quien la estaba formulando. Pese a sí misma sonrió y apartó los ojos del libro para perderse en una mirada gris como la noche más tormentosa.

—Has leído el libro.

—Ese y muchos más, milady. Pero encuentro el relato del señor Carroll sumamente interesante y cargado de un significado alejado de un cuento para niños.

Emma sintió que las mariposas aleteaban en su vientre mientras lo escuchaba. No era solo por su contacto tan cercano con él sino también por sus palabras.

Debía de ser la primera vez que un caballero no le parecía una criatura hueca y sosa cuya única función era comprometerse en matrimonio para proveer a su título de un heredero y mantener la línea patriarcal.

—Podría decirle muchas cosas, pero todo empañaría el momento por su banalidad —le dijo finalmente lord Nicholas sorprendiéndola.

Había esperado palabras floridas con la intención de conquistarla, pero notó enseguida que se hallaba frente a un caballero que no despreciaba su tiempo en esas tonterías. Pero entonces, ¿por qué la había citado ahí en la biblioteca? ¿Acaso se había olvidado algo aquella noche y él venía a devolvérselo?

Lo miró expectante, pero le era difícil sostenerle la mirada asi que finalmente la desvió hacia su hombro y notó que estaba usando un traje negro con una capa corta encima.

—No me niegue el hechizo de su mirada, milady. Bien podría perderme en la misma.

Emma volvió a sonreírle y cuando él levantó una mano y le quitó el velo, no se lo impidió.

—Todo me decía que era una pésima idea, pero después de nuestro encuentro anterior, necesitaba volver a verla.

— ¿Por qué?

Capítulo 6

Lord Nicholas contempló a la joven en sus brazos, y no se le pasó por alto el brillo inteligente en su mirada. Sus ojos oscuros escrutaban los suyos con una intensidad que pocos se atrevían a sostener. No había coquetería en su postura, ni una sonrisa calculada esperando halagos. No. Ella quería una respuesta sincera, no una frivolidad envuelta en bellas palabras. Quería saber por qué él había orquestado ese encuentro secreto entre ellos en la biblioteca.

En ese instante, supo que ella no era como las demás. No se dejaría engatusar por palabras dulces y cortesías vacías. Quizás las disfrutaría, pero para ella no serían más que meros adornos. Necesitaba la verdad, una razón que diera sentido a sus acciones.

Nicholas sintió algo extraño en su pecho, una sensación casi incómoda. Estaba acostumbrado a mujeres que caían rendidas con poco esfuerzo, a juegos de seducción en los que él llevaba el control. Pero con ella… con ella no podía seguir el mismo guión. Y eso lo inquietaba.

Finalmente, esbozó una media sonrisa y murmuró con una sinceridad que incluso a él lo sorprendió:

—Porque moría por probar el sabor de sus labios, milady.

Ella parpadeó, desconcertada.

—¿Qué? Pero…

No le dio tiempo a responder. Nicholas levantó la mano con lentitud, acariciando con la yema de su pulgar la suavidad de su labio inferior. La vio estremecerse, sus labios entreabriéndose apenas con un suspiro tembloroso. Sus párpados se cerraron, y él supo en ese instante que lo deseaba tanto como él a ella.

Podía sentir su aliento cálido, impregnado de un aroma dulce, exótico. ¿Acaso era algún té de su lejano país de nacimiento? Esa

fragancia se grabó en su mente al mismo tiempo que el espacio entre ellos se desvanecía. El aire parecía cargado de electricidad, como si el mundo entero contuviera la respiración. Y entonces, sus labios se encontraron.

Fue un roce leve al principio, apenas un susurro de piel contra piel. Pero bastó para que algo dentro de Nicholas estallara en llamas. No era solo deseo. No era la mera emoción de una conquista. Era otra cosa. Algo más profundo, más intenso…, más peligroso.

Retrocedió de golpe, con la sorpresa reflejada en su expresión. Sus labios aún hormigueaban con la sensación de ella. Por todos los cielos… ¿Qué había sido aquello?

Quiso hablar, quiso preguntarle si ella también lo había sentido. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el sonido de pasos apresurados y voces acercándose los sacó de su burbuja. Un grupo numeroso se dirigía hacia la biblioteca. Su oportunidad perfecta para comprometerla.

Sin embargo, algo lo detuvo. Algo en sus ojos, en la forma en que ella lo miraba con el corazón aun latiéndole en la garganta. No. No así. No de esa manera.

Con suavidad, tomó su mano y depositó un beso en su dorso, dejando un leve cosquilleo en su piel. Luego, sin perder más tiempo, se colocó la máscara de médico de la peste negra, cubriéndole el rostro con el velo con la misma delicadeza con la que un artista protege su obra más preciada. Sin una última mirada, sin un último suspiro, se desvaneció entre las sombras, escabulléndose por uno de los ventanales laterales de la casa.

Y ella se quedó allí, con el corazón latiendo desbocado y el dulce sabor de él aún grabado en sus labios.

Capítulo 7

Lo último que Emma esperó fue la invitación que lady Clarisse y lady Desdémona le hicieron para pasear por el parque. Sabía que eso era algo muy usual para jóvenes en edad casadera pero dado que su madre actuaba como carabina las pocas veces en que eso ocurría nunca ningún caballero se le había acercado.

No se le pasó por alto como ambas damas eran estimadas por todos y se aproximaban a saludarlas incluso dirigiendo unas palabras amables en su dirección. Todo era tan diferente a lo que ella estaba acostumbrada que no sabía muy bien cómo reaccionar así que se limitaba a ser educada y sonreía en respuesta, pero con temor de decir algo equivocado.

Cuando un joven caballero, quien se presentó como lord Hamish, solicitó acompañarla en un paseo, el recuerdo de lo ocurrido en la mascarada volvió a su mente. Pero Emma sabía lo que debía hacer así que aceptó su ofrecimiento.

Pronto descubrió que su acompañante poseía una personalidad inteligente y divertida, cuyos halagos eran sinceros y amables.

—He querido presentarme con usted desde la temporada pasada.

—¿Y por qué no lo hizo, milord?

—Porque no todos tienen lo que se necesita para saber entretener a una dama como usted —respondió una voz grave a sus espaldas que Emma enseguida reconoció.

—¿Y qué sería eso, milord? —inquirió con cierta frialdad, pero sin siquiera girar a mirar a su interlocutor, clara señal de su molestia para con él.

***

Nicholas esperaba la reacción de la joven, y lejos de molestarlo, lo disfrutaba porque implicaba que lo ocurrido la última vez que se vieron había causado un efecto duradero en lady Emma.

Lo que si lo irritaba era la presencia del joven Hamish. Que considerase que podía ser competencia alguna en las atenciones de la dama le hacía apretar la mandíbula y rechinar los dientes. No eran celos. Era simplemente no querer a otro inmiscuyéndose en su territorio. No cuando había demostrado tener tanto éxito en capturar su atención.

—¿Hay algo que desee, milord?

Supongo que ella no se había dado cuenta del doble sentido de su pregunta cuando ambas damas que la acompañaban carraspearon ligeramente mientras la observaban de manera significativa, pero lady Emma no se daba por aludida, por lo visto muy interesada en su respuesta.

—Solo el placer de su compañía, milady —le respondió finalmente.

—Pues eso…—Ella lo miró claramente fastidiada y decidida a rechazarlo.

—Lord Hamish, tenga la bondad de venir a asistirme. —La voz de lady Desdémona la interrumpió, haciéndole fruncir el ceño al verse interrumpida—. Ya no estoy en edad de estar dando tan largos paseos y el sol comienza a obrar su abrasador efecto en mí.

Nicholas jamás podría explicar cómo se las arregló para no romper en carcajadas ante la flagrante mentira de la dama, a quien él conocía de toda la vida, y sabía no tenía ni un solo hueso de ancianidad en su cuerpo. Pero se las ingenió para mantener la compostura mientras lady Clarisse se acercaba a Emma y le susurraba unas palabras en el oído.

—No quiero. —La respuesta terca de la joven lo sorprendió. Ella realmente no quería dar un paseo con él.

Nunca una dama lo había rechazado. De hecho, hacían todo lo posible por llamar su atención. Solteras, viudas y casadas. Todas peleaban por el privilegio de que él les dirigiera una palabra. Y aquí estaba él, esperando a su cautivante hechicera de ojos felinos.

Había pensado en sugerir un paseo en bote, pero no estaba seguro de que ella no hiciera una locura para expresar su molestia con él y

terminase empujándolo al agua desde el muelle o diera la vuelta a la barca para dejar en claro su descontento con él. Aunque sabía que debía mantenerse alejada de cualquier escándalo, en esos momentos dudaba que lady Emma estuviese pensando en eso.

—Milord, he oído que los nuevos arreglos que han hecho en el parque con las pérgolas son dignos de admiración. —Escuchó que finalmente salía de los labios de la joven, aunque la expresión en su mirada gritaba a voces lo que quería decir realmente.

Divertido, le ofreció una reverencia mientras le permitía ver su media sonrisa sardónica a lo que la escuchó contener el aliento con tanta rapidez que se ahogó y tuvo un acceso de tos que fue rápidamente cubierto por lady Clarisse que se apresuró a preguntarle por su abuelo y así dándole tiempo a la joven para recuperar la compostura.

—Él se encuentra muy bien, milady. No disfruta mucho de las ocasiones sociales, pero disfruta de reunirse con sus viejos amigos.

—Tengo muy buenos recuerdos de él. Siempre fue y sigue siendo todo un caballero. Por favor, envíale mis saludos y espero que pronto podamos cruzar caminos.

Nicholas sonrió y asintió. Aunque su abuelo se casó con otra dama, siempre estuvo secretamente enamorado de lady Clarisse, pero en aquella época ella no tenía ojos nada más que para su esposo. Quizás ahora, ambos viudos, la vida les diera una oportunidad.

—Me aseguraré de traerlo en mi próxima visita al parque para acompañar a lady Wentworth en su nuevo paseo.

El chillido que dejó escapar la joven finalmente logró hacerlo reír y muy a pesar suyo, lady Clarisse también se vio tentada por la risa y para cuando logró recuperar la compostura ambas damas estaban sonrojadas e intentando recuperar el aliento.

—Debo decir que me parece que va a ser un día caluroso, milord.

—No podría nada más que concordar con usted, milady. Permítame escoltarlas a un lugar con sombras y las provea con un refresco. Estoy seguro de que mi valet ha encontrado un lugar apropiado en el cual ustedes puedan descansar.

—Un día de campo. Maravilloso. —Dicho lo cual la dama le aferró el brazo del lado derecho y le indicó a Emma que le aferrase el

izquierdo.

Momento que la joven aprovechó para susurrarle algo por lo bajo.

—¿Qué cree que está haciendo, milord?

—Nicholas, lady Emma. Me parece que ya estamos más allá de las formalidades. —Y tuvo el inmenso placer de verla sonrojarse nuevamente—. Me estoy limitando a disfrutar de su compañía… de la manera apropiada. No querríamos armar un escándalo, ¿o sí?

Capítulo 8

—Estoy agotada —declaró Lady Evie con un suspiro profundo, como si acabara de escalar una montaña invisible, mientras se dejaba caer con sumo cuidado en el sofá de tres cuerpos. Su vientre, redondo y prominente, la obligaba a moverse con lentitud y cierta torpeza, aunque ella mantenía la gracia natural de quien ha aprendido a convivir con los límites de su cuerpo.

Ese sillón, tapizado en terciopelo verde oscuro, se había convertido en su trono silencioso, su rincón de paz en la casa, especialmente cuando su marido no estaba cerca para mimarla con una devoción que a veces podía ser tan dulce como agotadora.

Emma la observó con ternura, y casi de inmediato se puso en movimiento.

—Recuéstate un poco —le dijo avanzando hacia la mesa del té—. Yo me encargo de todo.

Tomó la tetera con manos hábiles, llenó las delicadas tazas de porcelana blanca con el líquido humeante, y distribuyó los platitos con pastelillos de limón y galletas de mantequilla. Pero, aunque sus gestos eran precisos, su mente no dejaba de divagar. Había tanto que necesitaba compartir, tanto que guardaba en silencio…, y no sabía por dónde empezar.

Evie entrecerró los ojos, siguiéndola con la mirada.

—Emma… sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —dijo mientras tomaba su taza y aspiraba con placer el aroma afrutado del té de hibisco—. No todo lo que me dices termina en los oídos de tu hermano.

La joven se quedó quieta un instante, con la taza en las manos. La porcelana ardía, pero el calor no alcanzaba a templar la frialdad que se estaba apoderando de su estómago. Sonrió, un gesto pequeño, inseguro, pero sincero.

—¿O sea que sí pasó algo, pero no quieres que Farid lo sepa?

Emma soltó una risa nerviosa.

—Algo así…

—"Algo así", no —replicó Evie con dulzura firme—. O pasó o no pasó.

Dejó la taza sobre la mesita, tomó la mano de Emma y tiró suavemente de ella hasta que se sentó a su lado. El contacto era cálido, reconfortante, una invitación a dejar las máscaras de lado.

—Sé que hay cosas que no puedes hablar con tu madre… ni con Olivia.

Emma bajó la mirada. El peso de la verdad empezaba a aplastarla, y aun así se resistía.

—Es que ellas son tan… —suspiró—. Las amo, pero son tan tranquilas…

La última palabra se deslizó como un secreto vergonzoso, apenas un susurro. Casi sintió que traicionaba a su familia por decirlo en voz alta. Pero era la verdad. Olivia era serenidad, dulzura, compostura. Casada con un hombre que apenas hablaba, pero que la miraba como si cada paso suyo fuera un milagro. Ellos eran la imagen perfecta de lo que la sociedad consideraba un buen matrimonio: estable, sereno, inquebrantable.

Emma, en cambio, sentía que dentro de ella ardía un fuego distinto. Un fuego que no sabía cómo controlar.

—Yo... siempre me he sentido diferente —dijo al fin, en voz baja—. Como si me hubieran dejado entre la arena del desierto solo para luego lanzarme a esta sociedad donde todo es apariencia, reglas, silencio. En mi interior todavía escucho las historias que se contaban al calor de la noche, bajo las estrellas. Relatos de pasiones tan intensas que podían consumir a un hombre entero. Historias que mi padre decía que corrían por nuestra sangre.

—¿Y Farid? —preguntó Evie, acariciando suavemente su brazo.

—Farid lo entiende. Él también viene de esa tierra salvaje, donde los sentimientos se expresan con los ojos y no con palabras vacías. Pero… él es un hombre. Y un príncipe. Puede moverse con libertad. Puede amar sin tener que justificarlo.

Una pausa.

—¿Y tú no? —preguntó Evie, con un dejo de amargura protectora en la voz.

Emma negó con la cabeza. Las lágrimas le ardían en los ojos, pero aún se resistía a soltarlas.

—Yo debo seguir las reglas. Sonreír, hablar lo justo, no cruzar miradas por más de tres segundos. Y si alguien se atreve a mirarme como me mira Lord Nicholas… entonces debo fingir que no lo vi.

Evie se irguió, alerta.

—¿Lord Nicholas?

Emma tragó saliva. Las palabras le pesaban más de lo que había imaginado.

—Desde la primera vez que lo vi, supe que iba a traerme problemas. Tiene esa manera de mirarme… como si pudiera ver todo lo que intento esconder. Me hace sentir… peligrosa.

La confesión fue como una llave que liberó una marea.

Las lágrimas comenzaron a fluir sin control, y Evie la rodeó con ambos brazos, apretándola contra su pecho. Le acarició el cabello con ternura, murmurando palabras suaves que apenas eran audibles, pero bastaban para calmar el temblor que recorría el cuerpo de Emma.

—¿Él te ha hecho alguna promesa en concreto? —preguntó cuando Emma se serenó un poco.

—No —susurró ella, con la voz rota—. Y yo tampoco se la pedí. No quiero algo que no me sea dado libremente.

—Emma…

—Evie… Lord Nicholas no es Farid. Mi hermano se enamoró de ti apenas te vio. En su corazón, él supo que tú eras la indicada. Pero los ingleses… los ingleses tienen las emociones enterradas en capas de hielo. Solo se comprometen cuando lo dicta el deber o el escándalo. No veo a milord derribando la puerta, desesperado por declararme su amor.

Ambas rieron con amargura. Y entonces, como si el destino jugara con sus emociones, las dos dirigieron la mirada hacia la puerta de entrada.

Nada.

El silencio de la casa se mantuvo intacto.

Evie fue la primera en soltar una pequeña carcajada. Emma la siguió.

—Supongo que me toca ser la sensata, ¿no? —dijo Emma, más para convencerse a sí misma que a su cuñada.

—No necesariamente —respondió Evie, tomándole de nuevo la mano—. A veces, la sensatez solo nos aleja de lo que realmente deseamos. Y tú mereces amar, Emma. Con todo tu fuego. Con toda tu alma.

Emma la miró, emocionada.

Evie le devolvió la mirada con determinación y dejó que Emma cambiara de tema, pero en su mente ya había tomado una decisión: averiguaría más sobre ese tal Lord Nicholas. Nadie iba a jugar con el corazón de su familia sin que ella lo supiera.

Capítulo 9

White's
Club de Caballeros

Lord Nicholas aceptó la copa de whisky con una inclinación mínima de cabeza. El cristal estaba frío al tacto, pero la bebida que contenía ardía como fuego líquido. Lo llevó a los labios y bebió un trago largo y silencioso, dejando que el alcohol quemara su garganta mientras la habitación entera se sumía en un silencio expectante.

Sus cuatro acompañantes lo observaban con un aire de ansiedad apenas disfrazada, como chacales que esperan el primer indicio de sangre antes de lanzarse al festín.

Nicholas sabía exactamente qué buscaban. Lo leía en sus ojos, en la tensión de sus mandíbulas, en la manera en que fingían despreocupación mientras sus copas permanecían intactas en la mesa. Querían detalles. Querían confesiones. Querían carcajadas y una buena historia de cama. Una mueca obscena, tal vez. Un comentario mordaz sobre las curvas de Lady Emma o sobre cómo había doblegado a la hija del noble oriental que tanto desconcierto sembraba en la aristocracia inglesa.

Pero no obtendrían nada.

Porque lo que había ocurrido con ella —esas miradas cargadas de electricidad, esa conversación en susurros robados, el roce accidental de sus dedos— era suyo. Solo suyo. No iba a mancillar ese recuerdo convirtiéndolo en entretenimiento vulgar para idiotas entonados de whisky barato.

El silencio se alargó como una cuerda tensa a punto de romperse. La atmósfera en el salón privado del club era densa, casi sofocante, con el aroma del tabaco flotando en el aire y la luz tenue de las lámparas creando sombras alargadas sobre las paredes de madera oscura.

Finalmente, Albert, su viejo compañero de internado, rompió el mutismo con una sonrisa que destilaba suficiencia.

—Entonces, te retiras. —Alzó su copa como si brindara—. Me deben todos quinientas libras.

Nicholas alzó la mirada. Sus ojos grises, normalmente apáticos o burlones, centellearon con una amenaza contenida. El tipo de destello que advierte de una tormenta antes del primer trueno.

—Jamás he dicho tal cosa —replicó con frialdad.

—De hecho —intervino otro con una sonrisa envenenada—, no has dicho absolutamente nada. Lo que, en este círculo, equivale a una rendición.

—Tiene razón, Nick —dijo otro, inclinándose hacia adelante con un codo sobre la mesa—. Una apuesta es una apuesta. Y no hemos escuchado ni un solo escándalo. Ni una sola mención de Lady Emma en las columnas de chismes. Parece que la doncella sigue intacta.

Nicholas no respondió. Mantuvo el rostro impasible, pero su mano apretó el vaso con más fuerza.

—Fea no es, eso hay que admitirlo —añadió el cuarto, girando su copa lentamente con aire aburrido—. Y, si vamos a ser honestos, es un partido decente. Su padre es par del reino, con influencia y bolsillos profundos. Tiene una dote generosa y… bueno, aunque su piel no sea de porcelana inglesa, uno podría pasar por alto ese detalle con esa belleza de puta que tiene.

La copa de Nicholas cayó al suelo.

No fue lanzada. No fue empujada.

Simplemente se soltó de su mano, como si su cuerpo ya no pudiera sostener nada que no fuera pura furia.

El golpe fue fulminante. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Nicholas se puso de pie con una rapidez felina, y en un movimiento fluido, casi elegante, sujetó a Albert por el cuello de la chaqueta. Su puño voló con una precisión brutal, estrellándose contra la mejilla del hombre con tal fuerza que lo hizo caer de espaldas, tirando su silla en el proceso.

La mesa tembló. La copa de Albert se volcó, el whisky derramado se mezcló con el sonido de cristales rotos.

—¡Por Dios! —exclamó uno, poniéndose de pie de inmediato.

Pero Nicholas no había terminado.

Se lanzó otra vez, y su segundo golpe se hundió en el abdomen de Albert, arrancándole un gemido seco. Los otros dos hombres corrieron a separarlos, forcejeando con torpeza mientras Nicholas, con la mandíbula apretada y los ojos incendiados, parecía ajeno a todo lo que no fuera su objetivo.

—¡Basta, basta! —gritó uno de ellos mientras lo sujetaba por detrás.

Albert, tambaleándose, se apoyó en la mesa. Su labio estaba partido, la sangre le manchaba el mentón. Se limpió con el dorso de la mano y escupió al suelo con desprecio.

—Para alguien a quien todo le trae sin cuidado… se te ve muy dispuesto a defender el honor de la dama, viejo amigo.

Nicholas se detuvo. Quedó inmóvil, respirando con violencia, como un animal acechado.

Durante un largo momento no dijo nada.

Después, con movimientos lentos pero tensos, se liberó del agarre de sus compañeros. Se colocó el saco con precisión casi mecánica, alisando las solapas como si eso pudiera borrar lo ocurrido. No miró a nadie. No pronunció una sola palabra.

Salió de la habitación con pasos firmes y silenciosos, dejando tras de sí el eco de los cristales rotos, la sangre sobre el suelo de roble pulido y la incómoda certeza de que algo más profundo que una simple apuesta se había roto esa noche.

Capítulo 10

Al día siguiente…

Emma aún no sabía muy bien qué pensar de la atención tan dedicada que estaban recibiendo de parte de Lady Clarisse y Lady Desdémona. Ambas damas eran encantadoras, amables hasta la ternura, y había en sus gestos una calidez que a ella le resultaba… sospechosa. Le recordaban a esas abuelas afectuosas que disfrutaban de hornear pan para sus nietos, pero con un toque de intención. Intención casamentera.

Sospechaba —casi lo sentía en los huesos— que su interés no era enteramente inocente. No cuando sus miradas se encontraban con la suya con esa chispa de curiosidad disimulada, ni cuando intercambiaban sonrisas cómplices cada vez que ella desviaba los ojos con torpeza.

Aunque Emma no había dicho ni una palabra sobre Lord Nicholas, algo les decía. Tal vez no sabían con certeza quién era el caballero que había capturado su atención, pero que alguien lo había hecho… eso era más que evidente.

Se sintió sonrojar solo de pensarlo, y como una vía de escape a su repentino nerviosismo, se apresuró a preparar el té. Eligió una mezcla especial, una que su madre amaba: pétalos de rosa, miel y un toque de canela. El aroma era suave, envolvente, reconfortante… pero también tenía una nota secreta, un ingrediente que solo ella conocía. A Emma siempre la tranquilizaba ese perfume. O lo hacía, hasta ese momento.

—Sabemos que varios caballeros han dejado su tarjeta de visita —comentó Lady Clarisse con una dulzura que no escondía del todo su interés genuino.

—Así es —asintió Lady Desdémona, como si su amiga le hubiera abierto paso a la pregunta que llevaba rato conteniéndose—.

Aunque, si no me equivoco, ninguna de esas visitas ha prosperado… ¿Me equivoco, querida?

Emma sonrió, incómoda pero determinada a no parecer malagradecida.

—Lord Hamish ha sido muy atento y considerado. Un verdadero caballero.

No bien las palabras salieron de su boca, algo cambió en el ambiente. Fue apenas perceptible al principio. Una tensión invisible, como si el aire se espesara de repente. Luego, la voz que irrumpió en la sala fue tan grave, tan directa, tan llena de algo entre desafío y posesión, que la taza que Emma acababa de servirse tembló peligrosamente en su mano.

—Entonces supongo que preferís su presencia antes que la mía, milady.

Emma se volvió bruscamente. Nicholas estaba allí, apoyado en el marco de la puerta, con la arrogancia relajada de quien está acostumbrado a que lo observen. Su rostro estaba impasible, pero sus ojos —esos ojos de tormenta— la taladraban con intensidad. No había cortesía en su mirada, sino algo mucho más primitivo: celos. Irritación. Deseo.

Emma abrió la boca, luego la cerró. Su mente buscaba una respuesta educada, pero su corazón latía con tanta fuerza que parecía bloquearle las palabras.

—Lord Nicholas —intervino Lady Clarisse con una sonrisa encantadora que ocultaba mal su sorpresa—, es usted más que bienvenido. Tome asiento, por favor. Discúlpenme, olvidé algo en el jardín.

—Permítanme retirarme un momento —añadió Lady Desdémona con aire casual—. Estoy segura de que el abuelo de Nicholas ha venido a saludar a Clarisse. Lo buscaré.

Y antes de que nadie pudiera detenerlas, ambas desaparecieron.

Emma parpadeó, atrapada en un extraño vacío. Las puertas del salón seguían abiertas, pero la estancia se había encogido hasta reducirse al espacio exacto que existía entre ella y Nicholas. Él se acercó sin decir palabra, sus pasos silenciosos, su presencia imponente. Se sentó junto a ella, a una distancia que era

técnicamente aceptable… y, sin embargo, demasiado cercana. Podía sentir el calor de su cuerpo, la tensión bajo su piel, su mirada fija.

—No sabía que Lord Hamish os parecía tan encantador —murmuró con voz baja, rasposa, peligrosamente tranquila.

—No dije eso —replicó Emma, aunque su voz apenas fue un susurro.

—Lo insinuaste. Y eso fue suficiente.

Ella lo miró, y por un instante se sintió acorralada. Pero no con miedo. Con anticipación. Con algo que la aceleraba por dentro.

Antes de que pudiera decir algo más, Nicholas alargó la mano con una rapidez sorprendente, pero sus gestos fueron tan suaves que la descolocaron. Le quitó la taza de té de las manos con una delicadeza exquisita, como si tuviera miedo de romperla… o de romperla a ella. La dejó sobre la mesa, y sin darle tiempo de reaccionar, deslizó un brazo firme alrededor de su cintura.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Emma con la respiración entrecortada.

—Lo que debí hacer desde que escuché cómo lo elogiabas.

Y entonces la besó.

No fue un beso brusco, ni siquiera apresurado. Fue intenso, sí. Fue apasionado. Pero, sobre todo, fue íntimo. Cada movimiento hablaba de todo lo que él callaba. Del deseo contenido. De los celos ardientes que lo consumían por dentro. De la necesidad casi dolorosa de hacerla suya, de demostrarle que no era un caballero más con una tarjeta de visita.

Sus labios eran cálidos, firmes, seguros. Pero había ternura en el modo en que la sostenía. Como si al mismo tiempo que reclamaba, también le suplicara que lo entendiera.

Emma no supo en qué momento cerró los ojos, ni cómo sus manos terminaron enredadas en la tela de su chaqueta. El mundo pareció detenerse. Solo existían sus labios. Su aliento. Su tacto.

Hasta que voces se escucharon a lo lejos. Emma se separó con un leve sobresalto, y Nicholas, con la misma rapidez con la que la había tomado, la soltó. Se inclinó para ayudarla a sentarse correctamente, alisó su falda con cuidado, y volvió a tomar su asiento como si nada hubiese pasado.

Cuando Lady Desdémona regresó, Emma aún sentía el sabor de Nicholas en sus labios, y un rubor incontrolable le subía por el cuello. Agradeció que la dama no comentara nada, aunque la mirada divertida que le lanzó decía más que mil palabras.

Pero el delator más cruel fue su propio cuerpo: sus labios, aún enrojecidos, ardían con la intensidad de lo que no se había dicho… y de lo que había quedado prometido entre susurros y caricias prohibidas.

Capítulo 11

La tarde se deslizaba con lentitud en la terraza trasera de la residencia, como si el tiempo, en complicidad con la brisa suave, decidiera suspenderse por un instante para no interrumpir el ritual delicado de la alta sociedad. Los rayos dorados del atardecer pintaban el jardín con tonos cálidos y vibrantes; las flores, abiertas en su máximo esplendor, parecían inclinarse ante las dos figuras sentadas bajo la pérgola de glicinas, como si reconocieran su autoridad indiscutible.

Lady Desdémona se abanicaba con gracia rítmica, marcando el compás invisible de una melodía que solo ella podía oír. Sus ojos, ocultos tras un velo de pestañas perfectamente rizadas, no perdían detalle del entorno. A su lado, Lady Clarisse sostenía una delicada taza de té de lavanda, los dedos tan elegantes como firmes, con la expresión concentrada de quien observa un tablero de ajedrez antes de mover a su reina.

Ambas eran damas de reputación intachable… y de astucia afilada.

—Querida —rompió el silencio Lady Desdémona, con una sonrisa que decía mucho más de lo que su tono pretendía ocultar—, ¿has notado el pequeño… incidente entre Lord Nicholas y Lady Emma?

Lady Clarisse ladeó ligeramente la cabeza, como si se tomara un segundo para saborear la pregunta. Luego, sus labios se curvaron en una sonrisa sutil, propia de una mujer que había visto mucho, escuchado más y comprendido todo.

—¿"Notado"? —repitió con fingida sorpresa—. Desdémona, habría que estar ciega, sorda y completamente desprovista de alma para no sentir la tensión que flotaba en esa sala. Si Lord Nicholas se hubiese acercado medio centímetro más, la pobre muchacha habría ardido como una antorcha.

Desdémona soltó una risa breve, divertida.

—Oh, pero no ardió. No del todo. —Su voz bajó a un susurro conspirador—. Lo besó, Clarisse. O, mejor dicho, se dejó besar. Y no puso objeción alguna… hasta que escuchó nuestras voces acercándose por el pasillo.

—Lo suponía. —Lady Clarisse dio un sorbo pausado a su té—. Esos labios enrojecidos no eran obra del té de canela.

Ambas damas soltaron una carcajada suave, aunque sus mentes ya estaban muy por delante de sus palabras.

—Hay algo entre ellos —continuó Desdémona, deteniendo por un momento el abanico—. Algo poderoso. Pero aún no puedo decidir si es algo bueno… o problemático.

—Probablemente ambas cosas —asintió Clarisse—. Nicholas no es un hombre sencillo. Tiene la pasión de su madre y la frialdad de su abuelo. Ha vivido sin restricciones durante demasiado tiempo, rodeado de mujeres que lo adoraban por su rostro y fortuna, pero que no sabían cómo hacerle sentir.

—Hasta Emma.

Clarisse dejó la taza sobre el platillo con un leve "clic".

—Ella es distinta. Tiene fuego. Lo disimula, sí, pero lo lleva en los ojos. En el modo en que no baja la mirada cuando se siente observada. No se derrite ante el halago fácil, ni se sonroja por costumbre. Y, lo más importante… no lo necesita.

—Y eso —añadió Desdémona con satisfacción—, es lo que más le duele a Nicholas. Le duele… y lo excita.

Un silencio breve se instaló entre ambas, mientras el canto lejano de un petirrojo acompañaba el murmullo de la fuente de mármol.

—¿Tú crees que es sincero? —preguntó finalmente Lady Clarisse, sin girar la cabeza.

—Creo que está en guerra consigo mismo —respondió Desdémona —. No sabe si desea poseerla o protegerla. Y mientras decide, el tiempo corre.

—Podríamos ayudarlo a decidir…

—¿Cómo?

—Presentándole competencia —dijo Desdémona con un brillo travieso en los ojos—. Alguien que le haga ver que Emma no va a esperar eternamente. Alguien con presencia. Con linaje. Y con

verdadero interés.

Clarisse alzó una ceja.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Dimitri Zubov —respondió Desdémona, como quien revela una carta ganadora—. Primo del príncipe Mikhail Vladimir Zubov. Recién llegado de San Petersburgo. Encantador, refinado, con modales impecables y más que dispuesto a establecer vínculos en la nobleza inglesa. Además… estuvo presente en la boda de Mikhail con mi nieta, y no pasó desapercibido.

—¿Está interesado en casarse?

—Tal vez no aún. Pero podría estarlo, si la dama es la adecuada. Y créeme, Emma tiene esa cualidad de hacer que los hombres reconsideren sus prioridades.

Lady Clarisse sonrió, encantada.

—Entonces será un gusto invitarlo a nuestra cena del viernes. ¿Casual, dijiste?

—Por supuesto. Ninguna mención previa. Emma creerá que todo fue obra del destino.

—Y Nicholas lo verá con sus propios ojos. —Clarisse entrecerró los suyos, astuta—. Veremos cómo reacciona cuando su dama no esté a su entera disposición.

—Será el empujón que necesita. O el castigo que merece.

Ambas damas levantaron sus tazas una vez más y brindaron en silencio, como si acabaran de sellar un tratado entre imperios. La luz del atardecer descendía lentamente sobre los jardines, cubriéndolo todo de un velo dorado, mientras las glicinas ondeaban suavemente sobre sus cabezas, cómplices silenciosas de una conspiración tan elegante como implacable.

Capítulo 12

La residencia de Lady Clarisse relucía con un refinamiento discreto pero impecable. Las lámparas de cristal proyectaban una luz cálida sobre las paredes color marfil, mientras las notas suaves de un cuarteto de cuerdas se deslizaban por los pasillos como un perfume invisible.

Emma ajustó los pliegues de su vestido de gasa azul medianoche frente al espejo del vestíbulo, intentando no parecer tan nerviosa como se sentía. Había sido invitada a muchas cenas formales antes, pero algo en el tono evasivo de Lady Desdémona al hablarle esa mañana la dejaba con una inquietud inexplicable.

—No es más que una cena íntima, querida —le había dicho con una sonrisa encantadora—. Viejos amigos, conversación agradable… y quizá, solo quizá, una sorpresa.

Una sorpresa.

Emma odiaba las sorpresas.

Cuando fue anunciada, entró al salón principal con la seguridad que le enseñaron desde niña, la espalda recta, la cabeza erguida. A su alrededor, los rostros familiares de siempre: damas de conversación afilada, caballeros de sonrisa fácil. Pero hubo una figura nueva. Un hombre de pie junto a la chimenea, con porte regio y una elegancia que no intentaba llamar la atención, pero inevitablemente lo hacía.

Alguien murmuró su nombre.

—Dimitri Zubov —dijo Lady Clarisse al acercarse, posando una mano maternal en el brazo de Emma—. Primo del príncipe Mikhail. Ha venido a visitarnos desde San Petersburgo. ¿No es una coincidencia encantadora?

Emma sintió el peso de la mirada del hombre sobre ella antes de levantar los ojos. Y cuando lo hizo, Dimitri le sonrió con una cortesía

cálida y genuina.

—Encantado de conocerla, Lady Emma —dijo en un inglés con un acento tan sutil que parecía acariciar cada palabra—. Ya me habían hablado de usted… aunque ninguna descripción le hace justicia.

Emma sonrió, algo sorprendida por la fluidez de su voz, y aún más por la sinceridad de su mirada. No era el tipo de halago que sonaba vacío. Era una afirmación tranquila, de quien no necesitaba impresionar para ser encantador.

—Usted también ha causado bastante curiosidad esta noche, Lord Zubov —respondió ella, intentando sonar natural.

—Dimitri, por favor.

—Emma, entonces.

Un leve silencio cargado de complicidad flotó entre ambos, interrumpido solo por la llegada de otro invitado.

—Lord Nicholas Ravencroft —anunció el mayordomo con solemnidad.

El mundo se detuvo un segundo.

Emma sintió el corazón saltarle del pecho y no supo si maldecir a Lady Desdémona por orquestar todo aquello, o agradecerle por permitirle ver el rostro de Nicholas cuando sus ojos se posaron sobre ella… y sobre Dimitri.

Su expresión no cambió. No del todo. Pero Emma lo conocía lo suficiente para leer el sutil endurecimiento de su mandíbula, la rigidez apenas perceptible en sus hombros, y, sobre todo, ese brillo acerado en sus ojos grises.

Nicholas se acercó lentamente, con pasos que resonaban sobre el suelo de mármol como si marcara un compás de guerra.

—Lady Emma. —Hizo una breve inclinación—. Qué… encantador encuentro.

—Lord Nicholas —respondió ella con una sonrisa medida, luchando por mantener la compostura.

—Dimitri Zubov —intervino Dimitri, tendiéndole la mano con una cortesía impecable—. Un placer conocerlo. Emma me ha hablado de usted.

Nicholas no parpadeó.

—Ah, ¿sí? —dijo con voz suave, pero cargada de algo peligroso.

Emma deseó poder desvanecerse en ese instante.

Durante la cena, las damas conversaron sobre los eventos próximos, los caballeros debatieron sobre política continental y comercio, pero bajo la superficie de la mesa, se libraba una guerra silenciosa.

Cada vez que Dimitri se inclinaba hacia Emma para hacerle un comentario en voz baja, Nicholas apretaba los cubiertos con más fuerza. Cada sonrisa que ella le dedicaba a Dimitri era seguida por una mirada suya, larga, intensa, como si quisiera recordarle cada roce, cada palabra que habían compartido en privado.

Y, sin embargo, no dijo nada.

No una sola palabra de lo que sentía.

Emma, por su parte, intentaba mantenerse en equilibrio sobre una cuerda invisible. Dimitri era encantador, sí. Educado, inteligente, y tenía esa calma serena que muchos encontrarían reconfortante. Pero su presencia también parecía una prueba. Una forma de comprobar si Nicholas tenía sangre en las venas o solo humo en el corazón.

Cuando la cena terminó y comenzaron a pasar al salón para tomar un licor suave, Lady Desdémona se acercó a Lady Clarisse con una copa de vino en la mano y una expresión satisfecha.

—¿Lo has visto? —murmuró, señalando a Nicholas con un movimiento casi imperceptible.

—Está a punto de estallar —respondió Clarisse con una sonrisa serena—. Pero no lo hará. Aún no. Primero, tiene que decidir cuánto está dispuesto a arriesgar por no perderla.

—¿Y si espera demasiado?

—Entonces —dijo Clarisse observando cómo Dimitri ofrecía su brazo a Emma para llevarla al piano—, otra mano ganará esta partida.

Capítulo 13

La noche había caído sobre la residencia como un velo de terciopelo azul, silenciosa y pesada. Las estrellas titilaban sobre el jardín con timidez, y la luna, aún baja, se asomaba entre las ramas de los álamos, lanzando sombras caprichosas sobre el sendero de piedra.

Emma caminaba sola por la galería posterior, buscando aire. La cena había sido demasiado… todo. Demasiado perfecta, demasiado orquestada, demasiado reveladora. Dimitri había sido encantador, sí. Galante, atento, y sorprendentemente divertido. Pero ella no podía quitarse de la piel la sensación de ser observada. No solo observada: juzgada, medida, poseída sin permiso.

Nicholas.

Estaba en todas partes. En el modo en que Dimitri había evitado tocarle la mano demasiado tiempo. En las miradas furtivas que captaba desde el otro extremo de la mesa. En la forma en que su nombre parecía colgar de los labios de todos… menos de los de él.

Se detuvo frente a la balaustrada, respirando el aire fresco del jardín. Cerró los ojos un instante, intentando aclarar la mente.

—¿Fue agradable, entonces? —preguntó una voz desde las sombras.

Emma dio un respingo y se giró con brusquedad.

Nicholas estaba allí. De pie, en la penumbra, apoyado contra una columna con los brazos cruzados. La luz de la luna dibujaba sombras afiladas sobre su rostro, haciendo que sus ojos grises brillaran con un fulgor helado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, intentando sonar firme.

—Esperándote.

—¿Por qué?

Nicholas no respondió de inmediato. Caminó hacia ella con pasos lentos, controlados, como si temiera que cualquier movimiento brusco lo hiciera perder el control.

—Dimitri parece un hombre interesante —dijo al fin—. Culto, caballeroso… y muy cómodo entre mujeres.

Emma frunció el ceño.

—¿Viniste a hacerme una escena?

—No —la interrumpió con suavidad peligrosa—. Vine a recordarte algo.

Ella cruzó los brazos.

—¿Y qué es lo que necesitas recordarme, Lord Nicholas?

Él se detuvo frente a ella, demasiado cerca. El calor de su cuerpo era palpable, su presencia opresiva, abrumadora.

—Que no soporto verte en brazos de otro hombre.

La frase cayó como una piedra en el agua. Emma se quedó inmóvil, el pecho agitado, los labios entreabiertos. Sus ojos se encontraron con los de él, y en ellos no vio arrogancia… sino algo más oscuro. Más profundo. Más vulnerable.

—No estabas en sus brazos —añadió Nicholas con un dejo de ironía amarga—. Pero lo hubiera estado, si tú se lo hubieras permitido.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó ella con voz temblorosa—. Me besas como si no pudieras evitarlo, pero luego desapareces. Me miras como si fuera tuya, pero no dices nada. Me haces sentir como si… como si…

—Como si fueras mía —terminó él, en un susurro ronco.

Ella dio un paso atrás, pero él la siguió. No la tocó. Aún no. Pero la tensión entre ambos era un hilo de fuego, invisible pero real.

—No puedes tenerlo todo, Nicholas. No puedes quererme y no decirlo. No puedes odiar que otro me mire y luego actuar como si no te importara.

Nicholas apretó los dientes. Sus manos se cerraron en puños a sus costados.

—No lo odio porque te mire —dijo, cada palabra pronunciada como si doliera—. Lo odio porque tú le sonríes.

Emma parpadeó, confundida.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Esperar en silencio mientras decides si vas a bajarte de tu maldito pedestal?

Y entonces él la tomó por los brazos. No con fuerza, sino con desesperación. Con necesidad.

—No es tan simple.

—¡No! —replicó Emma empujándolo suavemente, aunque no con intención real de alejarse—. No es simple porque tú lo haces complicado. Dices una cosa, haces otra. Y mientras tanto… yo…

—¿Tú qué?

Ella lo miró a los ojos. Por un instante, ambos respiraban al mismo ritmo.

—Yo me estoy enamorando de ti. Y no sé si eso es una bendición o una maldición.

Nicholas cerró los ojos un instante, como si esas palabras lo azotaran.

Y entonces, sin pedir permiso, sin explicaciones, la besó.

Fue un beso distinto al primero. No buscaba sorprenderla, ni robarle el aliento. Era crudo, ardiente, necesitado. Como si en ese instante él se jugara la última carta. Como si supiera que estaba perdiéndola y aun así no pudiera pronunciar lo que ella necesitaba escuchar.

Emma respondió con rabia y deseo, con dolor y anhelo. Con todo lo que tenía acumulado desde que él entró en su vida como un incendio.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron juntas. Ambos jadeaban.

—No puedo prometerte nada —susurró él—. No aún. Pero no puedo dejarte ir.

Emma cerró los ojos, sintiendo que se rompía por dentro.

—Eso no es suficiente, Nicholas.

Y esta vez fue ella quien se apartó primero, dejándolo solo bajo la luna, con los labios aún marcados de su fuego… y la certeza de que, por mucho que la deseara, no bastaba.

Capítulo 14

El salón principal de la residencia Al-Zaidani brillaba con la luz cálida de cientos de candelabros suspendidos del techo abovedado. Las paredes estaban adornadas con sedas color marfil y detalles en oro viejo. La orquesta, instalada en el extremo opuesto de la pista de baile, tocaba un vals elegante que llenaba el aire con ecos románticos y formales.

Evie había superado todas las expectativas con la organización del baile. Desde la selección del menú hasta el diseño de las invitaciones, todo había sido cuidado al detalle. Pero lo que no decía en voz alta —aunque Clarisse y Desdémona lo sabían bien— era que, en realidad, todo ese esfuerzo tenía un solo objetivo: forzar el destino de su cuñada y el hombre que no sabía si amarla o perderla.

Emma había llegado temprano, luciendo un vestido en tonos lavanda pálido que realzaba el tono cálido de su piel. Su cabello, recogido con delicadeza, dejaba escapar unos mechones que se deslizaban como hilos de cobre sobre su cuello. Parecía una visión salida de un poema… pero sus ojos, aunque sonrientes, estaban inquietos.

Sabía que Nicholas estaría allí.

Y él llegó. Tarde, como siempre. Con su elegancia sombría, su expresión impasible, su andar seguro y contenido. Cada mirada lo seguía, pero él solo parecía buscar una.

La de ella.

Mientras las parejas giraban en la pista de mármol, Lord Farid observaba en silencio desde un rincón. Su mirada, aguda como la de un halcón, no había perdido un solo gesto entre Nicholas y su hermana. No necesitaba pruebas para saber que algo ocurría. Lo sentía. Lo olía. Como si el aire mismo vibrara distinto cada vez que sus ojos se encontraban.

Se acercó a Nicholas cuando este se servía una copa en la mesa lateral, lejos del bullicio.

—Lord Nicholas—dijo con tono neutro, pero firme.

Nicholas giró con lentitud, encontrándose frente a frente con el hombre que era el protector de la mujer que, sin querer, había empezado a habitar todos los rincones de su vida.

—Príncipe Farid —asintió, educado.

—Necesito que me digas algo. Y quiero que lo hagas con franqueza. —Farid no se anduvo con rodeos—. ¿Qué clase de juego estás jugando con mi hermana?

Nicholas tensó la mandíbula. Sus dedos se apretaron en torno al cristal de la copa.

—No estoy jugando ningún juego.

—No es lo que parece. —Farid dio un paso más cerca—. Emma no es como las otras. No puedes besarla a escondidas y luego fingir que no ha ocurrido nada. Si no tienes intenciones serias, será mejor que lo dejes claro ahora.

Nicholas bajó la mirada un segundo. Luego alzó los ojos, fríos, impenetrables.

—No ha pasado nada, Farid. No de la forma en que estás insinuando.

Farid entrecerró los ojos, furioso.

—¿Me estás negando lo que vi? ¿Lo que todos ven?

—Estoy diciendo —interrumpió Nicholas con voz tensa—, que no hay ningún compromiso entre nosotros. Ni promesas. Ni planes.

—¿Y tampoco sentimientos?

Silencio.

Nicholas sostuvo la mirada. Y no dijo una palabra.

Farid asintió, oscuro.

—Entonces mantente alejado de ella.

Nicholas no respondió. Solo giró el rostro hacia la pista de baile, donde Emma, ajena a la conversación, giraba al compás de Dimitri Zubov.

***

Las horas pasaron, pero Nicholas no volvió a acercarse a ella. No bailó. No sonrió. No coqueteó. Solo observó, desde la distancia, como un condenado contemplando el paraíso desde el infierno.

Hasta que no pudo más.

Cerca de la medianoche, salió al jardín trasero, en busca de aire. La música seguía fluyendo desde el interior como un eco lejano.

Y entonces la escuchó.

—¿Te vas sin despedirte?

Emma estaba allí. En el umbral del jardín, envuelta en la luz plateada de la luna, con los ojos encendidos y el corazón latiéndole en la voz.

Nicholas apretó los labios. Cerró los ojos un segundo, como si doliera verla.

—No deberías haber venido —murmuró.

—¿Por qué no?

—Porque te miro como no debería. Porque te deseo más de lo que puedo admitir. Porque cada vez que sonríes a otro, siento que pierdo algo que nunca fue mío para empezar.

Emma se acercó, sus pasos suaves sobre el empedrado.

—¿Y por qué no dices lo que sientes?

—Porque no sé si puedo darte lo que mereces —susurró él—. Porque no sé quién soy contigo. Porque me da miedo arrastrarte a mi caos.

—Ya estoy dentro de él, Nicholas. No me arrastraste. Caminé hasta aquí. Sola.

Se quedaron en silencio. Solo el viento agitaba las hojas de los rosales.

Él dio un paso. Ella no se movió.

—Dime una sola cosa con certeza —dijo Emma—. Solo una. Y me quedo.

Nicholas la miró. El pecho le subía y bajaba, agitado, y por primera vez, dejó caer todas sus máscaras.

—Te quiero.

Las palabras fueron un soplo. Un susurro. Una confesión rota. Pero dicha.

Emma cerró los ojos un instante. Su corazón palpitaba con fuerza…

pero no podía callar lo que aún dolía.

—¿Y eso basta?

Nicholas bajó la mirada.

—No lo sé.

Entonces ella dio un paso atrás. Pequeño. Sutil.

Pero suficiente.

Él entendió.

Y sin decir más, se giró y se marchó bajo la noche, dejando el perfume de rosas y silencio tras de sí.

Capítulo 15

El carruaje avanzaba por el sendero de tierra con el ritmo monótono de las ruedas sobre las piedras sueltas. A través de la ventanilla, Nicholas observaba el paisaje del campo desdibujarse con los jirones de niebla matinal. Los prados se extendían como un mar de esmeralda, salpicados de árboles aún desnudos por el frío que se resistía a abandonar la estación.

Llevaba tres días sin verla.

Tres malditos días.

Y desde el momento en que Emma dio ese pequeño paso atrás, dejándolo bajo la luna con una confesión tardía y vacía entre los labios, algo se le quebró por dentro. No con violencia. No como una tormenta. No. Fue peor: se rompió en silencio.

Al día siguiente del baile, recibió una nota informal de Farid.

Un viaje al campo para celebrar el cumpleaños de Evie. Un retiro de algunos días en la casa solariega familiar, donde estarían las hermanas de Emma, amigos cercanos, y la familia inmediata.

Y Emma.

Fue Clarisse quien lo animó —no, lo desafió— a aceptar la invitación. "No te rindas, Nicholas. No si en verdad la quieres", le dijo con una de sus miradas afiladas. Desdémona no comentó nada… pero sus ojos centellearon con malicia silenciosa. Ellas sabían. Y esperaban.

Pero él no era bienvenido.

Lo supo desde el instante en que el mayordomo le abrió las puertas de la casa de campo y la sonrisa cortés le pareció demasiado medida. Farid no había tenido más palabras para él desde la noche del baile, y aunque nadie lo dijo en voz alta, Nicholas entendía perfectamente por qué estaba allí.

Estaba allí para ver con sus propios ojos lo que había perdido.

***

La casa era amplia, de piedra clara y ventanales enormes. La brisa del campo le traía aromas de lavanda, hierba mojada y pan horneado. Todo era cálido, familiar, y profundamente ajeno.

Evie lo recibió con dulzura —demasiada dulzura— y una mirada que decía: "Sé lo que hiciste, y no te juzgaré… del todo."

Emma no estaba presente en el recibimiento. Lo cual, en sí, ya era una declaración.

Nicholas permaneció en los márgenes durante las primeras horas. Caminó por los jardines, escuchó la música suave que llegaba desde el salón principal, observó desde lejos cómo los invitados reían, brindaban y se preparaban para la cena de celebración.

Y finalmente, la vio.

Emma apareció al pie de la escalera, acompañada por una de sus hermanas. Llevaba un vestido sencillo, sin ornamentos, de un color marfil que parecía casi dorado bajo las lámparas. Estaba preciosa. Y tan serena que dolía.

Ella lo vio también.

No fue un encuentro dramático. No hubo tropiezos, ni miradas furtivas. Lo vio. Lo miró. Y siguió caminando.

Como si lo hubiese borrado del corazón. Como si no le hubiese dicho que se estaba enamorando de él.

Y eso fue lo que lo destruyó más que cualquier reproche.

Capítulo 16

Más tarde, cuando Evie cortó el pastel, Farid no se alejó de Emma ni un instante. Dimitri Zubov también estaba allí, conversando con amabilidad, y Nicholas no pasó por alto cómo las mejillas de Emma se encendían cuando Dimitri le decía algo en voz baja. Ni cómo Farid los observaba con aprobación.

Todo estaba funcionando.

Farid estaba logrando lo que quería.

Alejarla de él.

Y, lo peor de todo… Nicholas lo había permitido.

No había promesas. No había compromisos. Solo palabras a medias y un deseo que no bastaba.

Esa noche, no pudo dormir.

Se levantó en medio de la madrugada y bajó al salón. El fuego ardía aún en la chimenea, lanzando sombras danzantes sobre las paredes cubiertas de retratos familiares. Se sirvió un whisky, lo sostuvo entre los dedos, y no lo bebió.

Se sentía como un ladrón.

De su propia felicidad.

¿Qué clase de hombre era, si no podía siquiera sostener el corazón de la única mujer que lo hacía sentir completo?

¿Qué le quedaba si no podía proteger lo único que no podía dejar de desear?

Un leve crujido lo sacó de sus pensamientos.

Se giró.

Y allí estaba ella.

Emma.

Descalza, envuelta en un chalé de lana, los cabellos sueltos y el rostro apenas iluminado por las brasas del fuego.

Sus ojos se encontraron.

Y, por un momento, todo el dolor, el deseo, los reproches y las promesas rotas, flotaron entre ellos como cenizas suspendidas en el aire.

Ella no habló.

Él tampoco.

Pero la tensión… la tensión era una pregunta sin respuesta, un latido sin fin.

Y al fin, Nicholas abrió la boca.

—No te merezco.

Emma no se movió.

Solo lo miró.

Y sus ojos dijeron: lo sé… pero aún te estoy escuchando.

Capítulo 17

La madrugada se coló entre los ventanales con un gris pálido, húmedo, como si el cielo contuviera la respiración.

Emma despertó con el sonido de pasos apresurados por los pasillos y el eco lejano de voces nerviosas. No tardó en saber lo que ocurría. Evie había entrado en trabajo de parto.

La casa, que la noche anterior había estado envuelta en una calma casi dolorosa, estalló en movimiento.

Sirvientes y comadronas corrían de un lado a otro, trayendo paños limpios, agua caliente, y palabras urgentes en voz baja. Farid no se separaba de la puerta de la habitación de su esposa, aunque lo habían expulsado del interior con firmeza.

Emma estaba a su lado, sujeta al nerviosismo como si fuera suyo. Apretaba su pañuelo entre los dedos con tal fuerza que los nudillos le dolían. Veía a su hermano desbordado por una emoción que nunca le había visto: miedo. Miedo puro.

Y fue en medio de esa tensión que lo vio llegar.

Nicholas apareció al final del pasillo, con el rostro sombrío, el cabello ligeramente desordenado y una expresión de inquietud auténtica.

—¿Cómo está? —preguntó sin rodeos al ver a Emma.

—Aún no sabemos —respondió ella, sin preguntarse por qué él estaba allí. Simplemente... lo necesitaba allí.

Nicholas se quedó a su lado. No dijo nada más. No tocó su mano. No ofreció consuelo con palabras vacías.

Solo estuvo.

Y eso bastó.

Horas después, cuando el llanto del bebé rompió el silencio como un canto sagrado, todos los presentes exhalaron como si volvieran a vivir. Farid entró corriendo a la habitación y no tardó en volver, con

lágrimas en los ojos.

—Es una niña —dijo, sonriendo como un niño—. Y Evie… Está bien. Está bien.

Emma se derrumbó sobre sí misma, llorando en silencio, abrumada de emoción.

Nicholas la sujetó antes de que pudiera caer. La rodeó con los brazos, y por un instante, ella no luchó. No pensó. Solo se apoyó en él. El pecho contra su pecho. El latido de ambos desacompasado, vivo.

Nadie dijo nada.

Y después…, todo cambió.

El ambiente en la casa se volvió celebratorio. Brindis, risas, abrazos. La emoción era tan contagiosa que nadie reparó cuando Emma, aún abrumada, salió al jardín en busca de silencio.

Nicholas la siguió.

Sin anunciarse. Sin pedir permiso.

—¿Quieres caminar? —preguntó simplemente.

Ella asintió.

Los dos se internaron en el bosque, cruzando el sendero de piedras hasta que los árboles comenzaron a cerrarse sobre ellos. Avanzaron sin hablar, como guiados por algo que iba más allá de la lógica o el deber.

Y entonces, entre la espesura, apareció la cabaña.

Una pequeña estructura de piedra y madera, usada en tiempos de invierno por los cazadores o, más recientemente, como refugio de lectura y pintura para Evie. Emma conocía el lugar. Sabía que estaría vacío.

Nicholas abrió la puerta.

La leña apilada junto a la chimenea, las mantas dobladas con cuidado, el polvo suspendido en el aire.

Y silencio.

Ella entró primero.

Él cerró la puerta tras ellos.

—Esto no debería pasar —susurró Emma sin moverse.

—No —respondió Nicholas acercándose—. Pero va a pasar.

Y entonces, sin más palabras, la besó.

No fue suave. No fue contenido. Fue hambre. Tormenta. Furia acumulada.

La besó como si quisiera borrar los días de silencio. Las noches en vela. Las palabras no dichas.

Ella respondió con igual intensidad. Su boca buscó la de él como si fuera su hogar. Sus manos se aferraron a sus hombros, al cuello, a la certeza de que por fin lo tenía, aunque solo fuera por esa noche.

Las ropas cayeron al suelo como hojas de otoño.

La piel contra la piel. El jadeo de los cuerpos. El crujido de la madera bajo sus movimientos.

Nicholas se detuvo un segundo para mirarla. Sus ojos estaban oscuros, salvajes.

—No puedo estar sin ti, Emma.

Ella no respondió. Solo lo besó, con una necesidad que le nacía del alma.

Se amaron junto al fuego.

Sin vergüenza. Sin reservas.

Con la pasión de dos almas heridas que finalmente se reconocían.

Y cuando todo hubo terminado, cuando el silencio volvió a cubrirlos, Emma descansó en su pecho, temblando aún, pero en paz.

No sabían qué vendría después.

Pero en ese instante, por primera vez, no importaba.

Capítulo 18

La luz del amanecer se filtraba a través de las rendijas de madera de la cabaña, lanzando trazos dorados sobre los cuerpos enredados entre las mantas. El fuego en la chimenea aún crepitaba suavemente, aunque ya se había reducido a brasas rojizas.

Nicholas no dormía.

Observaba el rostro de Emma, sereno y vulnerable, como si el sueño la hubiese devuelto a una versión más joven de sí misma. Su cabello castaño se extendía como un halo sobre la almohada improvisada, y su respiración tranquila era lo único que mantenía unido a Nicholas en ese momento, a ese pedazo de mundo que no le pertenecía del todo.

Quiso quedarse.

Pero no podía.

Se levantó con cuidado, vistiéndose en silencio. No quería despertarla. No quería verla mirarlo con esperanza. Porque ya no estaba seguro de tener nada para ofrecer.

Antes de marcharse, su mirada se detuvo en la pequeña cajita de terciopelo azul que Emma había dejado junto a su bolso. La abrió con dedos temblorosos.

Dentro, un relicario antiguo de oro rosa, de líneas suaves y femeninas. Al abrirlo, encontró lo impensado: un mechón de su cabello, envuelto con cinta blanca, acompañado de una flor seca.

Él sabía lo que significaba. No era un adorno cualquiera. Era una parte de ella. Un regalo de amor, de confianza, de entrega.

Y se lo llevó.

Como quien roba una reliquia sagrada. Como quien se aferra a lo único real que ha tenido en la vida.

A unos metros de distancia, encontró a Farid que estaba en los establos preparando su caballo para una salida al campo. Apenas

Nicholas lo vio, supo que no podía evitarlo. Tenía que enfrentar lo ineludible. Lo que venía gestándose desde hacía días.

—Farid —dijo con la voz tensa.

El príncipe giró lentamente, sin ocultar su desdén. Su mirada era dura. No había cortesía en ella.

—¿Vienes a fingir otra vez?

Nicholas apretó la mandíbula.

—No. Vengo a hablar.

—¿Hablar? —Farid soltó una carcajada seca—. Ya hablaste bastante. ¿O es que las palabras que le susurraste a mi hermana anoche no fueron suficientes?

Nicholas no respondió.

—Lo sabía —siseó Farid—. Lo supe desde el primer momento en que pusiste los ojos en ella. No puedes verla sin desear poseerla. Pero eso no es amor, Ravencraft. Es obsesión. Es arrogancia. Y un día te vas a cansar. Cómo te has cansado de todo en tu vida.

—No te atrevas a compararla con las demás —gruñó Nicholas—. Ella no es como nadie. Y lo sabes.

—Sí. Lo sé —replicó Farid acercándose—. Y por eso no voy a permitir que la rompas.

—No la rompería. La amo.

Farid se le plantó frente a frente.

—¿Y qué significa eso para ti? ¿Una noche en una cabaña y luego marcharte sin una palabra? ¿Un te quiero entre las sábanas y luego desaparecer?

—No lo entiendes —dijo Nicholas, con el pecho ardiendo—. No es tan simple.

—¡Sí lo es! —explotó Farid—. O la eliges o la dejas. Pero no sigas en este maldito limbo, Nicholas. Mi hermana no es un pasatiempo. No es una de tus conquistas. Es una mujer entera, valiente, noble. Y tú... —Su voz se quebró—, tú no eres digno de ella.

Nicholas retrocedió medio paso.

Porque en ese momento, en la forma en que Farid lo dijo, se sintió exactamente eso: indigno.

—Vas a hacerle daño —añadió Farid, más bajo ahora—. Y ni siquiera porque lo quieras. Lo harás porque no sabes cómo no

hacerlo.

El silencio entre ambos fue largo. Insoportable.

Nicholas bajó la mirada. Tragó saliva. Y se dio media vuelta.

***

El carruaje partió al mediodía. Nadie lo despidió.

Desde la ventanilla, Nicholas no miró atrás. No porque no quisiera. Sino porque no podía soportar la idea de verla. De verla y no ir hacia ella.

Apretaba el relicario en la palma, oculto en el bolsillo interior de su chaqueta. Lo sostuvo con la fuerza con la que uno aprieta un recuerdo que empieza a desvanecerse.

Había deseado quedarse.

Había querido luchar.

Pero ahora… no estaba seguro de merecerla.

Y eso, más que el amor, más que la pasión, era lo que lo había derrotado.

Capítulo 19

Emma despertó sola.

El fuego en la chimenea se había extinguido, dejando solo cenizas tibias. La cabaña estaba en silencio. Demasiado silencio. El tipo de silencio que deja un cuerpo ausente, un suspiro apagado. El tipo de silencio que pesa más que una despedida.

Parpadeó, aturdida, como si aún pudiera atrapar los últimos retazos del sueño.

—Nicholas… —susurró, incorporándose.

Pero él ya no estaba.

Ni su abrigo. Ni su voz. Ni el perfume discreto de su piel en el aire.

Solo quedaban las mantas desordenadas… y un hueco frío donde antes había calor.

Emma tardó en levantarse. Se vistió sin prisa, con movimientos lentos, mecánicos. Como quien ya sabe que nada de lo que hiciera podría cambiar lo que ya había ocurrido.

Y, sin embargo, no lloró.

No todavía.

No cuando salió de la cabaña. Ni cuando regresó sola por el sendero boscoso. Ni cuando volvió a la casa y se cruzó con Farid, que no dijo nada… pero cuyo silencio le confirmó todo.

Él lo había confrontado. Y Nicholas había huido.

Emma fue directo a su habitación. Se encerró, bajó la cerradura y solo entonces, sentada en el suelo, abrazando sus rodillas, lloró en silencio. No gritos. No súplicas. Solo esa tristeza muda que se mete entre los huesos y duele con cada respiración.

Ese día no salió de su habitación.

Tampoco el siguiente.

Una semana después, regresó a Londres.

No por gusto. Por obligación. Las obligaciones sociales no

perdonaban el corazón roto, y Lady Desdémona, con una carta tan delicada como directa, le recordó que su presencia era esperada en ciertos eventos. "La temporada no se detiene por el amor, querida. Tú tampoco deberías", escribió.

Emma obedeció.

Porque quedarse significaba seguir respirando el aire que él había dejado atrás.

Y Londres, aunque cruel, prometía distracción.

Se equivocó.

La primera vez que lo vio fue en una cena en casa de los Ashford. Él llegó tarde, como solía hacer, con su porte indiscutible y esa sombra perpetua en los ojos. Lucía inalterado, como si no llevara la culpa clavada en el pecho. Pero ella lo vio.

Él la miraba como si se estuviera desangrando por dentro.

Durante toda la velada, sintió su mirada quemándole la nuca, siguiéndola por la sala, fija en sus labios cuando hablaba, en sus manos cuando movía la copa. Y, sin embargo, ni una sola palabra. Ni un saludo. Ni una señal.

Emma se obligó a sonreír. A reírse. A sostener la copa sin temblar.

Pero cada paso que él daba para alejarse era un puñal más hondo.

En los días siguientes, lo encontró en todas partes.

En la ópera. En una exposición de arte. En la reunión semanal de damas organizada por Lady Clarisse. Siempre llegaba cuando ella ya estaba. Siempre la encontraba con facilidad. Siempre la observaba desde la distancia.

Y nunca, jamás, decía nada.

No la saludaba. No se acercaba. No pedía disculpas. No intentaba explicarse.

Pero sus ojos sí.

Sus ojos la buscaban, la acariciaban desde lejos, la retenían en los momentos más absurdos, como si quisiera recordarla hasta el último detalle.

Y eso dolía más que cualquier indiferencia.

Porque no era olvido. Era elección.

Nicholas elegía no acercarse. Elegía no hablarle.

Emma no entendía si era castigo, cobardía o remordimiento.

Y cada vez que él la miraba así —como si la amara en secreto, pero no pudiera soportar su cercanía—, algo dentro de ella se rompía un poco más.

Una tarde, al salir de una reunión con Lady Desdémona, lo vio de nuevo. De pie, bajo la galería exterior de la casa, fumando un cigarro con la expresión perdida en la niebla londinense.

Ella caminó junto a él. No dijo nada.

Y él tampoco.

Pero justo cuando lo rebasó, sintió su mirada clavada en su espalda. Y aunque no volteó, supo que él aún la amaba.

Y que no sabía cómo decirlo.

Capítulo 20

El invierno había caído sobre Londres como una sentencia. Las calles, cubiertas de escarcha, parecían tan frías como el corazón de Emma, que desde hacía semanas vivía en un estado de espera muda, sostenida apenas por la rutina social, los saludos vacíos y la ilusión de que podía seguir adelante como si su mundo no hubiese cambiado para siempre.

Pero su cuerpo no mentía.

Y el día que Lady Yasmine, su madre, entró sin anunciarse a su habitación, ese mundo finalmente se quebró.

—Levántate, Emma —dijo con voz firme, sin rastro de ternura.

Emma la miró desde el sofá, envuelta en una bata gruesa, el rostro pálido, los ojos más oscuros de lo habitual. No dijo nada. No podía.

Yasmine la observó con la mirada entrenada de una madre que ha dado a luz, ha visto crecer a sus hijos, y ha presenciado demasiadas caídas. Caminó hacia ella en silencio, se arrodilló frente a su hija… y posó una mano sobre su vientre.

—Estás esperando un hijo.

No fue una pregunta. Fue una sentencia.

Emma sintió que el aire se le iba. No lloró. No negó. Solo bajó la mirada.

—¿De quién es? —preguntó Lady Yasmine en un susurro afilado.

Emma no respondió. No podía pronunciar su nombre sin quebrarse.

Yasmine se puso de pie de inmediato. Caminó hacia la ventana, tensa como una estatua tallada en hielo.

—¿Lo sabe tu hermano?

—No.

—¿El padre?

Silencio.

—¡Emma! —alzó la voz por primera vez—. ¡¿El padre lo sabe?!

Emma se llevó una mano al vientre. No por vergüenza. Por instinto. Por amor. Un amor nuevo, brutal, feroz.

—Se fue —susurró—. No lo busqué. No lo detuve. Y ahora... no lo sé.

Yasmine se sostuvo del marco de la ventana.

—Cuando Su Majestad se entere, te arruinará. No lo hará por crueldad. Lo hará por deber. Una hija noble, embarazada fuera de matrimonio, sin nombre del padre… es un escándalo que mancha generaciones.

Emma tragó saliva, sintiendo por primera vez la verdadera dimensión de su error.

—Lo sé.

—¿Lo amas?

Emma cerró los ojos. Una lágrima rodó sin permiso.

—Con todo lo que soy.

Y, aun así, no estaba.

El regreso de Dimitri Zubov no tardó en llegar. Como si el destino lo llamara en su hora más vulnerable.

Fue Lady Desdémona quien lo invitó a una pequeña reunión en su salón privado. Emma no pudo negarse. No cuando la alternativa era quedarse en casa con su madre, que la vigilaba como si fuera a estallar en cualquier momento.

Dimitri llegó con la misma elegancia serena de siempre. Pero esta vez, la miró con un dejo de ternura real. Algo en sus ojos había cambiado.

—Lady Emma —saludó besando su mano—. Es un placer verla de nuevo.

Ella asintió, sabiendo que él, como siempre, notaba más de lo que decía.

Conversaron un rato, solos entre la multitud. Él no mencionó a Nicholas. No hizo preguntas incómodas. Pero al final, cuando le ofreció llevarla a casa, sí se detuvo a mirarla con detenimiento.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó, con respeto, pero sin rodeos.

Emma lo miró. Y por un instante, estuvo tentada de confesarle

todo. De pedirle que la salvara.

Pero no lo hizo.

Solo negó con la cabeza.

Dos días después, la noticia llegó desde el palacio.

Su Majestad lo sabía.

Y el castigo fue inmediato. Frío. Implacable.

Emma debía abandonar Londres antes del próximo evento real. Se le prohibía presentarse en público hasta nuevo aviso. Su residencia futura: la finca de su tía abuela en Yorkshire.

Un destierro sin barrotes. Una vergüenza cuidadosamente maquillada.

Lady Yasmine, por primera vez, lloró al lado de su hija. No de tristeza. De impotencia.

—Lo siento, hija. Pero no puedo hacer nada más por ti.

Emma no lloró.

Ya no le quedaban lágrimas.

Solo empaquetó sus libros, sus diarios, sus cartas rotas.

Y esa noche, en silencio, escribió un nombre en un papel, lo dobló… y lo guardó bajo la almohada:

Nicholas.

El único nombre que no se atrevía a pronunciar… pero que vivía en cada latido de su hijo por nacer.

Capítulo 21

Londres estaba gris esa tarde, como si la ciudad compartiera el estado del alma de Emma. Llevaba el rostro cubierto por una capucha sencilla y un abrigo oscuro. No quería que la reconocieran. No quería que nadie supiera que había salido de casa sin permiso, sin escolta. Pero había algo más poderoso que el protocolo: la necesidad de decirle la verdad.

Nicholas tenía que saberlo.

No por deber. No por moral. Sino porque era el padre del hijo que crecía dentro de ella, y por cruel que hubiera sido su partida, él tenía derecho a saber.

Y ella necesitaba saber si alguna parte de él… aún la amaba.

El carruaje se detuvo frente al club privado donde Nicholas solía reunirse con sus amigos. No era el lugar más apropiado para una dama, pero Emma no era ya una dama según la opinión pública. Así que caminó decidida por el lateral del edificio, donde sabía que la terraza trasera conectaba con el salón de fumadores. Las ventanas altas, abiertas por el humo, dejaban escapar el rumor de voces y risas.

Se detuvo en seco al escuchar su voz.

Nicholas.

—¿Y entonces? —preguntó alguien con tono de burla—. ¿La echaste al final de tu sistema?

Risas.

—¿Cuál de todas? —respondió otro.

—No seas idiota —terció otro más—. Hablamos de la salvaje. Lady Emma.

Emma se acercó, el corazón golpeándole el pecho. Quería entrar. Decir algo. Pero las palabras de Nicholas la congelaron.

—No fue nada —dijo con una voz que no era la suya. Fría.

Calculada—. Un capricho de temporada. Ya sabes cómo es. Ella se encariñó. Yo… no tanto.

—¿Y el escándalo? —preguntó otro—. Se dice que ha estado encerrada por semanas. Que su madre no la deja salir. Algo ocurrió.

Silencio.

Y luego Nicholas, seco:

—No es asunto mío. Yo no tengo nada que ver con ella.

Un latido.

Emma sintió cómo el aire se volvía espeso, imposible de respirar. Todo dentro de ella tembló.

—¿Nada? —insistió uno—. Vamos, Nick. Algo tuvo que haber. Si hubieses querido, podrías haberla convertido en tu amante por años. Y sin que nadie dijera una palabra.

Y entonces, el golpe final:

—No era tan buena como para hacer valer el escándalo.

Emma no necesitó oír más.

Sus piernas la sostuvieron lo justo para alejarse de la ventana, para perderse entre la niebla. No vio cómo uno de los hombres miró a Nicholas con gesto incómodo, ni cómo Nicholas apartó la mirada hacia el fuego, con los nudillos blancos por la presión con que sujetaba su copa.

Ella no supo que estaba mintiendo.

Que cada palabra había sido un veneno dirigido a proteger su orgullo… y su miedo.

Todo lo que sintió fue traición.

Corrió por las calles como una sombra, las lágrimas rodando sin control, los suspiros ahogados en su pecho. El abrigo se le deslizaba de los hombros, el corazón le palpitaba con desesperación.

Había ido a buscarlo para decirle que iba a ser padre.

Y él la había reducido a una anécdota. A un suspiro sin importancia.

A una mujer que "no valía el escándalo".

Cuando llegó a casa, Lady Yasmine la encontró en el suelo de su habitación, abrazada a sí misma, empapada por la niebla, temblando de dolor.

No hizo preguntas. Solo la sostuvo en silencio.

Emma no habló esa noche.

No comió. No se levantó.

Solo repitió, con los labios secos:

—No le importa. Nunca le importé.

Y mientras afuera comenzaba a caer la lluvia, en su pecho comenzaba a crecer otra cosa.

No solo dolor. No solo pérdida.

Sino una nueva determinación.

Capítulo 22

Nicholas no había dormido. No realmente. Desde aquella noche en el club, las palabras que había pronunciado —venenosas, falsas, necesarias según él— no dejaban de repetirse en su cabeza. Sus amigos se habían reído, algunos incluso lo habían aplaudido por su desapego. Y, sin embargo, mientras las horas pasaban y la ciudad se apagaba, Nicholas sentía que había cometido un crimen.

No sabía por qué el nudo en su estómago no lo dejaba respirar. O quizás sí lo sabía… y no quería admitirlo.

A la mañana siguiente, todo cambió.

Su abuelo, el Conde de Kingsley, lo esperaba en la biblioteca familiar. Un té servido, un sobre lacrado en la mesa, y una expresión que Nicholas no veía desde los días en que fue reprendido por pelearse en el colegio.

—Siéntate —ordenó con voz seca.

Nicholas obedeció, inquieto.

—¿Qué pasa?

El conde le lanzó una mirada helada.

—¿Qué pasa? Pasa que tu silencio ha creado un desastre que ni tu apellido ni tu fortuna van a poder cubrir, muchacho.

Nicholas frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

El duque deslizó una carta hacia él.

—De Lady Emma. De tu silencio. Y de tu cobardía.

Nicholas la abrió con manos temblorosas. El encabezado era oficial. El sello real, inconfundible.

Una dispensa. De Su Majestad.

Para el matrimonio de Lord Albert Cavendish y Lady Emma Wentworth.

Un matrimonio urgente. Autorizado. Validado por la corona.

La sangre se le congeló en las venas.

—No… —susurró.

—Sí —dijo su abuelo—. Está embarazada. Y hasta donde entiendo, tú eras el único que podía ser el padre. Pero, como no has hecho ningún movimiento para reivindicar su nombre ni asumir responsabilidad, ella ha quedado… desprotegida. Y Su Majestad no tolera escándalos sin resolución.

Nicholas se levantó de golpe.

—¡Esto no puede ser cierto! Emma no… ¡Ella no se casaría con Albert!

El duque lo miró con dureza.

—¿Por qué no? Albert pidió la dispensa hace dos semanas. La madre de la muchacha aceptó con la bendición del palacio. Y según parece, fue después de escucharte con tus amigos, diciéndole al mundo que ella no significaba nada, que tomó su decisión.

Nicholas palideció.

—Ella… ¿Ella me escuchó?

El duque no respondió enseguida. Solo lo observó, con el juicio seco de los hombres que ya han perdido toda paciencia.

—Lady Clarisse confirmó que estuvo allí. Que fue a buscarte. Que iba a hablar contigo. Que iba a decirte algo importante.

—Y escuchó eso —susurró Nicholas desplomándose de nuevo en el sillón, el rostro entre las manos.

Cada palabra dicha aquella noche en el club volvió a golpearlo como un látigo.

"No fue nada. Un capricho. No valía el escándalo."

Dios.

Dios mío.

—¿Por qué no me lo dijo? —murmuró—. ¿Por qué no me enfrentó?

—Porque no tenía por qué hacerlo —gruñó el duque—. Tú tenías que haber sido un hombre. Pero preferiste jugar a ser indiferente. Y ahora, otro lo será en tu lugar. Y lo que es peor…, es Albert.

Nicholas se quedó en silencio, paralizado.

Albert. El mismo que se había burlado de Emma en aquella noche maldita. El mismo que había sangrado bajo su puño por insultarla. Ese hombre iba a tocarla. A dormir junto a ella. A criar a su hijo.

Su hijo.

Un rugido salvaje le nació en el pecho.

Se levantó con violencia, derribando la silla.

—¡No! ¡No lo permitiré! ¡Ella es mía! ¡El niño es mío!

El duque se puso de pie con una calma terrible.

—¿Y cuándo pensabas recordárselo, Nicholas? ¿Cuándo ya llevara el apellido Cavendish? ¿Cuándo el niño naciera y no llevara el tuyo?

Nicholas respiraba agitado, descompuesto, como un hombre al borde de la locura.

—Debo verla. Debo… debo decirle la verdad. Todo. Ahora.

El conde entrecerró los ojos.

—Entonces ve. Pero te advierto una cosa: no vayas con excusas, ni con discursos bonitos. No vayas a llorar por el amor que tu orgullo echó a perder. Si vas, vas a pelear por ella. A arrodillarte si es necesario. Porque si das un paso más en falso, Nicholas… la perderás para siempre.

Nicholas no respondió.

Solo salió de la habitación como un condenado que corre hacia el patíbulo, con una sola idea en mente:

Recuperarla.

Aunque tuviera que arder por ello.

Capítulo 23

El rumor del escándalo se había esparcido como fuego entre la alta sociedad: *Lord Nicholas Ravencraft había irrumpido en la residencia de los Cavendish el día antes del anuncio oficial del compromiso*.

Albert no supo qué lo golpeó.

Uno de sus lacayos apenas había anunciado la llegada de Lord Kingsley cuando Nicholas irrumpió como una tormenta, empujando puertas con una furia contenida que no necesitaba explicación.

—¿Dónde está? —exigió.

Albert se levantó de su sillón de terciopelo con fingida calma.

—Nicholas. Qué… sorpresa.

—¿Dónde está, Albert?

—¿Quién?

La respuesta fue un puñetazo directo a la mandíbula.

Albert cayó al suelo con un gruñido, sangrando por la comisura del labio.

—i¿Dónde está Emma?! —rugió Nicholas, fuera de sí.

Albert se limpió con el dorso de la mano y escupió sangre.

—Llegas tarde, viejo amigo. Muy tarde. Mañana hacemos el anuncio formal. El palacio ya dio su bendición.

—El palacio puede irse al infierno —escupió Nicholas—. Ella está embarazada de mí. ¡Tú lo sabes!

—Y tú lo negaste —dijo Albert desde el suelo, sonriendo—. La insultaste. La desechaste como a una cualquiera. ¿Y ahora quieres redimirte a golpes?

Nicholas dio un paso adelante, pero se detuvo. Respiró hondo. No era Albert quien importaba.

Era Emma.

***

Emma estaba en los jardines traseros, lejos del bullicio del interior, con las manos sobre el vientre. Sentía el peso de cada minuto. No de la espera por Albert. No del compromiso.

Sino de la ausencia de Nicholas.

Y entonces lo oyó.

Sus pasos. Su voz.

—Emma.

Ella se giró.

Y allí estaba.

Nicholas.

Despeinado. Desbordado. Vivo de una forma que hacía daño.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sin moverse—. Vete.

—No.

—No tienes derecho.

—Tengo cada maldito derecho. ¡Ese niño es mío!

Emma tembló. Pero no retrocedió.

—¿Y qué vas a hacer con ese derecho, Nicholas? ¿Negarlo otra vez frente a tus amigos? ¿Decir que no valgo el escándalo?

Él se estremeció.

—Yo no…Yo no quería que me oyeras.

—¡Pues lo hice! —gritó con lágrimas en los ojos—. Y duele, Nicholas. Más que el abandono. Más que tu silencio. Más que todo.

—Emma… —Dio un paso hacia ella.

—¡No! —retrocedió—. ¡No me toques! ¡Me rompiste!

—No sabía cómo amarte —dijo él con la voz hecha trizas—. No sabía cómo sostener lo que sentía. Me diste todo… y yo solo sabía huir.

—¿Y ahora qué? —sollozó—. ¿Vienes a salvarme del escándalo? ¿Del matrimonio? ¿De mi vergüenza?

—No —dijo Nicholas, alzando el rostro, por primera vez completamente desnudo ante ella—. Vengo porque te amo. Porque no puedo vivir sabiendo que cada noche otro hombre dormirá a tu lado, tocando lo que fue mío… lo que aún es mío. Porque me niego

a que mi hijo crezca creyendo que fue abandonado.

Silencio.

El viento agitó las hojas.

Y Emma, aun llorando, lo miró.

—¿Me amas?

—Con todo lo que soy. Con todo lo que no sabía ser antes. Con todo lo que me asusta… y me salva.

Ella se acercó.

—¿Y si ya no confío en ti?

—Entonces pasaré cada día de mi vida reconstruyendo lo que rompí.

Emma parpadeó.

—¿Y si ya no te quiero?

Nicholas tragó saliva.

—Entonces me iré. Pero no sin decirte que serías mi esposa. No por el escándalo. No por el niño. Sino porque eres mi destino.

El corazón de Emma se rompió una vez más… pero esta vez, para abrirse.

Dio un paso. Luego otro.

Y cuando lo tocó, cuando él la abrazó como si fuera a perderla otra vez, supo que —por fin— habían dicho todo lo que callaron.

Y en el fondo de su vientre, el niño se movió.

Como si él también entendiera que, por fin, su historia estaba empezando.

Epílogo

La primavera llegó más temprano de lo habitual aquel año. Las flores brotaron con un entusiasmo indisciplinado, como si la tierra misma hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo. En los jardines de la propiedad de los Ravencraft, los cerezos estaban en flor, y el aire olía a tierra mojada, jazmín y renacimiento.

Emma caminaba descalza por el invernadero, una mano reposando sobre su vientre ya redondeado. El bebé se movía con frecuencia, como si supiera que el mundo que lo esperaba ya no era incierto.

Nicholas estaba allí, sentado en el banco de hierro forjado que solía odiar por incómodo, ahora convertido en su rincón favorito. En sus manos tenía un cuaderno abierto, lleno de anotaciones, esquemas, y hasta unos dibujos rudimentarios de cunas.

Cuando la vio, sonrió.

No como un hombre encantador.

Sino como un hombre tranquilo. Como un hombre en casa.

—Estás descalza otra vez —murmuró mientras ella se acercaba.

—No puedo evitarlo. La tierra está tibia. Es como sentir que todo… está empezando.

Nicholas la recibió entre sus brazos y la sentó a su lado con cuidado.

—¿Y? —preguntó besando su sien—. ¿Decidiste si quieres quedarte en el campo o volver a Londres para el nacimiento?

Emma lo pensó por un segundo.

—Aquí. —Lo miró con una sonrisa suave—. Quiero que nuestro hijo conozca primero el olor de las glicinas. Que aprenda a gatear sobre césped y no sobre mármol. Que sus primeras risas no se apaguen por el juicio de un salón.

—¿Y sus padres? —preguntó Nicholas en voz baja—. ¿Van a saber darle eso?

Emma tomó su mano y la apoyó sobre su vientre.

—Ya le diste lo más importante. Le diste un padre que eligió quedarse.

Nicholas bajó la mirada, conmovido.

—No sé si algún día podré compensarte por todo lo que te hice pasar.

—No tienes que compensar nada —dijo ella, y luego, bajando la voz prosiguió—. Solo no te vayas más.

Él asintió, con los ojos brillantes.

—Me quedaré todos los días de mi vida, si tú me dejas.

—Te dejo. —Se inclinó hacia él y lo besó—. Te elijo. Te elegí incluso cuando no podía.

Nicholas rodeó su rostro con las manos.

—¿Y si es una niña? —preguntó besando la punta de su nariz.

—Entonces tendrá tus ojos… y mi carácter.

—Dios nos ampare —río él.

—¿Y si es un niño?

—Entonces le enseñaremos a luchar por lo que ama…, y a no tener miedo de decirlo a tiempo.

Emma apoyó su frente contra la de él.

—¿Ves? Ya estás aprendiendo.

El viento se coló entre las hojas del invernadero. Las flores se inclinaron, como saludando a la nueva vida que vendría.

Y en ese rincón apartado del mundo, donde el amor casi se había perdido, Nicholas y Emma se encontraron por fin.

No como eran.

Sino como podían ser.

Juntos.

Siempre.

Agradecimientos

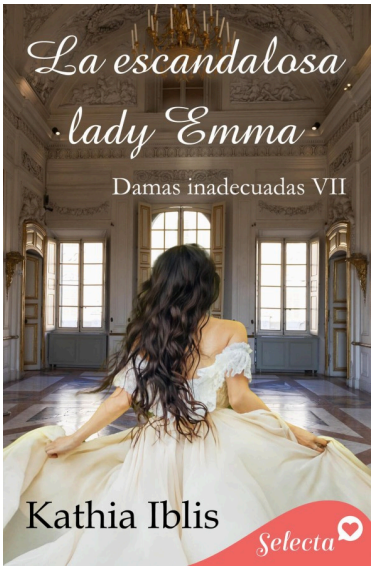
A Lola Gude, a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

Una joven propensa a los escándalos...

Una decisión que lo cambiará todo...

Un inesperado desafío que podría convertirse en pasión.



Lady Emma Wentworth, hija mayor del duque de Devonshire, ha protagonizado el mayor escándalo de la temporada con su rumoreada huida en sospechosas circunstancias. Como resultado su hermano mayor le ha dado un ultimátum, o consigue un prometido para el final de la temporada o se ira al campo a vivir con una anciana tía. Pero la rebelde joven ha declarado ante todos que tan solo se casara por amor.

Lord Nicholas Valerius Ravencraft, conde de Kingsley, mejor conocido

como lord Pecado, ha aceptado el desafío de conquistar a la arisca joven. Lo que no espera es encontrarse con un espíritu indomable capaz de capturar hasta al lord más renuente a casarse.

¿Podrá lady Emma hallar el amor con el que tanto sueña en brazos de lord Pecado?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: julio de 2025

© 2025, Kathia Iblis
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Ironika, Grey Zone

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-97-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La escandalosa lady Emma
Nota editorial
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos